

ADRA

DOS

ESMA

EN

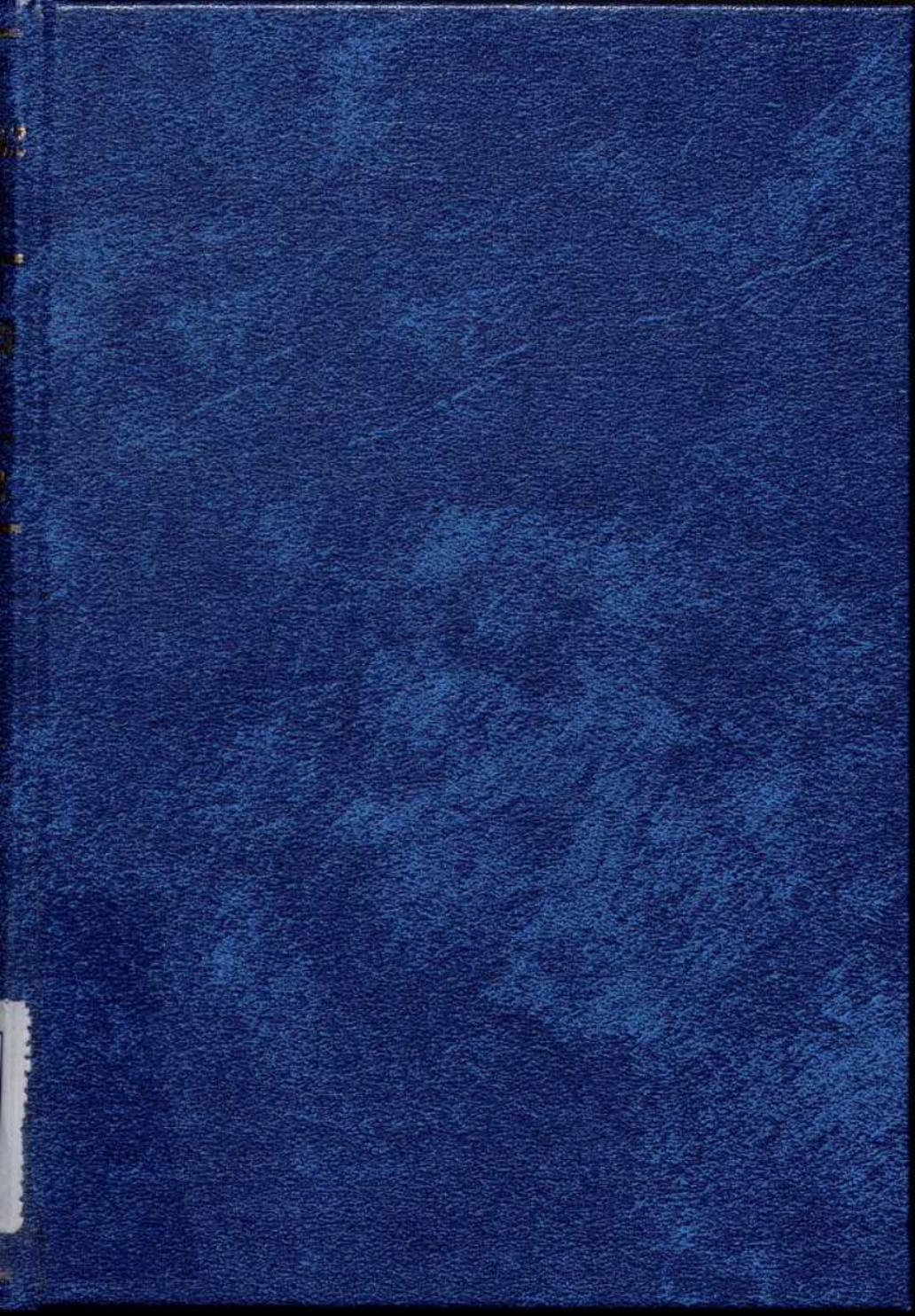
ANDA

UCIA

103

5

13













425 267

DOS MESES EN ANDALUCIA,

RECUERDOS DE VIAGES.

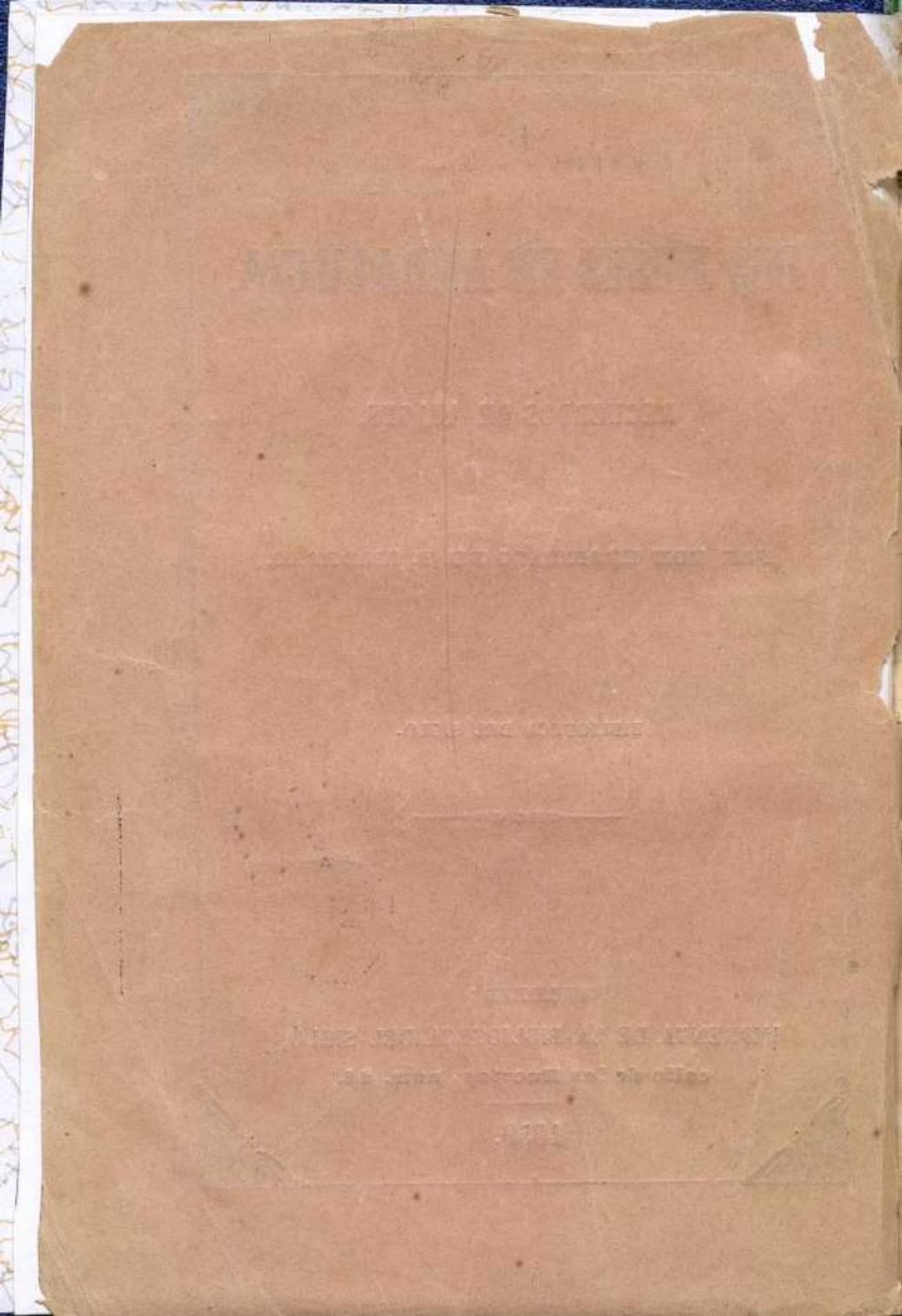
POR DON FRANCISCO DE P. MADRAZO.

BIBLIOTECA DEL SIGLO.

MADRID :

IMPRESA DE LA BIBLIOTECA DEL SIGLO,
calle de las Huertas, núm. 14.

1850.



FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS



Asistente

103

Tabla

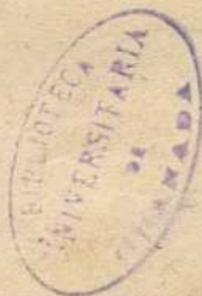
5

Núm

13

Excluido de préstamo

BIBLIOTECA DEL SIGLO.



FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS

Est.

CTII

Tabla

41

Num

13

BIBLIOTECA DEL SIGLO

DOS MESES EN ANDALUCIA

EN EL VERANO DE 1849.

Donado á la Biblioteca Universitaria
de GRANADA por

Fran^{co} L. Hidalgo Rodriguez



602 MESES EN AVANCE

EN EL VERANO DE 1849

LIBRO DE CUENTA
DE
CANTON DE...

5.18091179
i.19632976

2765

DOS MESES EN ANDALUCIA

EN

EL VERANO DE 1849,

POR

D. F. DE PAULA MADRAZO.



MADRID:
IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA DEL SIGLO,
Calle de las Huertas, núm. 44.

1849.

4717

DOS MESES EN ADVA...

27

EL VERANO DE 1848

208

B. V. DE CALLE MADRID



IMPRESO EN

IMPRESA DE LA BIBLIOTECA DEL SIGLO

Calle de las Huertas, núm. 11

1848

AL SEÑOR D. DIEGO COELLO Y QUESADA,

DIPUTADO Á CORTES,

EN TESTIMONIO DE AMISTAD Y DE CARIÑO,

Francisco de Paula Madrazo.

AL SEÑOR D. DIEGO COELLO Y GONZALEZ

DEPARTAMENTO DE COMERCIO

INSTRUMENTO DE VENTA DE CARRETERA

Francisco de Paula Mazarin

Donado á la Biblioteca Universitaria
de GRANADA por
Francisco L. Hidalgo Rodríguez

Los artículos que forman este folleto han obtenido la honra inmerecida de ver la luz en *La España* y de ser reproducidos en *El Comercio*, apreciable periódico de Cádiz. Esta distincion honrosa, unida á las indicaciones de una persona muy competente á quien el autor no puede negar nada, le han alentado á publicarlos reunidos.

Estas páginas, ni por su importancia literaria, que es ninguna, ni por su falta de hilacion y enlace, merecen el nombre de libro de viajes. Lo mas son ligerísimos apuntes recogidos con la premura y superficialidad del que viaja por un pais para él nuevo y lleno de encantos, temeroso de que no le alcance el tiempo para recorrerlo todo. Esto por lo que hace á la importancia del libro, que en cuanto á su objeto, no puede ser

mas aceptable: difundir el conocimiento de establecimientos tan importantes como poco conocidos, honor de España y orgullo de nuestra marina; hacer justicia á la risueña fertilidad, á la proverbial belleza de Andalucía, al carácter generoso de sus moradores, y sobre todo rendir á Cádiz, al pueblo culto por escelencia, el homenaje de la mas sincera y desinteresada admiracion y de la mas pura y cordial simpatia: hé aqui el propósito del autor de estas páginas, y hé aqui el mejor escudo contra los tiros de la crítica que en otro caso pudiera merecer su atrevimiento.

DOS MESES EN ANDALUCIA.

I.

Cádiz.

Pocos panoramas habrá mas bellos en el mundo, y casi ningun cuadro en la naturaleza que cautive mas los ojos del espectador por su diafanidad y hermosura, que el que ofrece la vista de la ciudad de Cádiz, desde uno de los vapores que hacen la travesía de Sevilla á este puerto, cuando toca al término de su espedicion, á los viajeros que estasiados contemplan la linda ciudad que se levanta sobre el mar, á la manera de un palacio de plata primorosamente afiligranado. La blancura de sus torres y de las azoteas de sus casas, las cúpulas y los torreones de sus templos, y la belleza ar-

mónica de su conjunto, ceñido por la ancha faja de piedra que la circuye, la dan por otro lado el aspecto de un gran buque de alabastro, flotante en medio de los mares. A medida que el vapor va adelantando rápido hácia el muelle, el viajero menos reflexivo se convence de que se aproxima á una poblacion importante por su movimiento mercantil; y los numerosos buques de todos portes y con banderas de todas las naciones de Europa, que están anclados en su bahía, y por entre los cuales cruza el vapor, le indican claramente que la bella ciudad aun conserva restos honrosos de su antiguo poderío y de su pristina grandeza.

A una distancia regular del muelle hace alto el vapor, y mas de cuarenta botes le asedian en todas direcciones para verificar el trasporte de los viajeros y de los equipajes. Una ó dos falúas blancas, como el manto de un templario, y con su elegante toldo, se distinguen entre los botecillos, les ganan la delantera y son las primeras que llegan á la escalerilla del vapor. Esas falúas son del capitán del puerto ó de la sanidad, que tienen el encargo de recoger á algun viajero ilustre, algun alto funcionario del estado ó á la familia de algun jefe de marina del departamento. Acomodados los viajeros en uno de los botes, que á porfia se disputan el honor de conducirlos, desembarcan á los pocos minutos en el muelle, y penetrando por la puerta del mar, en que se verifica el in-

dispensable registro de los equipajes, se encuentran dentro de los muros de la bella ciudad.

¡Cádiz! Al pronunciar este nombre mil recuerdos asaltan la imaginacion del viajero. Ciudad famosa en la historia de nuestra revolucion política, por haber sido la cuna de nuestra libertad y el teatro de ruidosos sucesos; ciudad célebre y floreciente un día, cuando, dueños los españoles de las Américas, era, por decirlo así, el punto de depósito para el comercio universal del mundo; ciudad renombrada siempre por la cultura de sus moradores, por la civilizacion de sus costumbres, por la belleza y gracia de sus mujeres, por la limpieza proverbial de sus calles y de sus casas; ciudad, en fin, con toda la vida y la animacion de los grandes centros de riqueza y de industria, severa é imponente en su parte exterior como plaza fuerte, risueña y alegre en su parte interior como ciudad comercial y culta, con toda la hermosura y todos los peligros del mar que la sirve de valla y de cimiento, y que amenaza tragarla en un día lejano, que quiera el cielo no llegue nunca.

¡Cádiz! Hé aquí el pueblo que hemos visitado por la vez primera este verano, y del cual tenemos la pretension de decir algo, no mucho, porque no abrigamos la de decir nada nuevo, despues de tanto como se ha escrito sobre él. Estos apuntes no tienen otro carácter que el de ligerísimos recuerdos de lo mas notable que hemos visto: no son, ni

pretenden ser, la historia de una ciudad que conocen y admiran propios y estraños; son lo mas unas impresiones de viaje, mas ó menos parecidas á las que dedicamos aun no hace un año al pais vascongado. Entonces, cuando recorriamos las tranquilas y pintorescas orillas del Deva y del Urola, examinando de cerca las costumbres patriarcales de aquellos sencillos habitantes, nos admiró tanto su sobriedad y su virtud, y quedamos tan asombrados de aquella vegetacion lozana, hija de la perseverancia en el trabajo, mas que fruto espontáneo de la naturaleza, y tan encantados del carácter franco y generoso de los hijos de aquel pais, que no pudimos resistir al deseo de consignarles nuestra admiracion y nuestra gratitud en un libro. Hoy que del Norte pasamos al Mediodía, la decoracion es del todo distinta, pero no menos bella y fascinadora. Las costumbres de aquel pais sencillo y patriarcal en nada se parecen á las de este pais meridional, apasionado y voluptuoso. La naturaleza, que allí solo á fuerza de afanoso trabajo es productiva, provee aquí espontáneamente y casi sin cultivo á las necesidades de un pueblo, mas amigo del placer que del trabajo, y con todo el desden por las fatigas y toda la molicie de los pueblos orientales. El cielo, allí nebuloso, es aquí claro y despejado; el clima, allí frio, es aquí ardoroso; el sol, que allí calienta, aquí abraza: aquel es, en una palabra, el Norte, y este el

Mediodía de España. No pueden darse, pues, pueblos mas opuestos, regidos por unas mismas leyes y obedeciendo al mismo soberano; y sin embargo, con dificultad los habrá mas dignos de un recuerdo cariñoso por parte de los que los visitan, movidos por su curiosidad y atraidos por la fama.

Cumplamos, por tanto, de la mejor manera posible con este deber que voluntariamente nos hemos impuesto en todos nuestros viajes de verano.

Dos meses es corto tiempo para recorrer con algun fruto una parte siquiera de la Andalucía. Hemos cruzado únicamente el trozo que media desde Córdoba á Cádiz, y quisiéramos consignar en estos apuntes, con los nombres de estas dos ciudades famosas, los de Sevilla, Jerez, San Lúcar, Puerto de Santa María, Puerto Real, San Fernando, Chiclana, pueblos todos importantes y dignos de estudio, acreedores, por mas de un título, á que plumas mejor cortadas y mas conocidas que la nuestra se ocupen con la estension debida de sus pasadas glorias, de su valor y de su riqueza presentes, y de su porvenir.

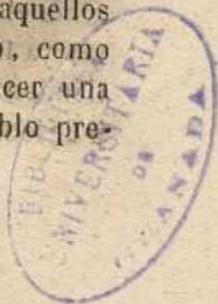
De todos estos pueblos que rápidamente hemos recorrido, uno sobre todos ha cautivado nuestra aficion y ha escitado nuestro asombro. Ese pueblo es Cádiz. Ni Córdoba con su colorido moruno, ni la poética Sevilla con sus deliciosos patios y su celebrada giralda, ni Jerez con sus admirables y

admiradas bodegas, ni San Lúcar con su hermosa playa, ni el Puerto de Santa María con su frondoso verjel y sus nombrados licores, ni San Fernando con su severidad oficial de uno de nuestros mejores departamentos de marina, y su célebre arsenal de la Carraca, ni Puerto-Real con sus huertas, ni Chiclana con su posición alegre y despejada, han podido causarnos la impresión agradable que ha producido en nosotros la permanencia de algunos días en Cádiz. Por esta razón, alterando el orden de nuestro viaje, damos en estos apuntes el primer lugar al pueblo que, sin rivales, le tiene entre todos los de Andalucía por su importancia social y política, por su esmerada cultura, por su porvenir comercial, y hasta por su singular posición geográfica.

En nuestro próximo capítulo penetraremos en Cádiz, y consignaremos lo que mas nos embelesa en la parte moral y material de este pueblo, cuna de nuestra libertad, depositario de nuestra gloria y honor de España.

**Puerto de Santa Maria.—Feria de la Victoria.—
Balle á SS. AA.**

Cuando para cumplir la palabra que tenemos empeñada con nuestros lectores nos proponiamos penetrar en Cádiz y decir algo que justifique la predileccion con que miramos esta ciudad cultisima, nos vemos en la necesidad de aplazar nuestro relato, porque, absortos en la contemplacion de lo mucho notable que encierra, nos sorprendió el 25 de agosto, aniversario de los días de la graciosa princesa, que es hoy la delicia y el amor de aquellos pueblos, y ningun andaluz de buen tono, como ningun forastero, puede escusarse de hacer una visita al Puerto de Santa Maria, á ese pueblo pre-



cioso, de tan justa celebridad por su famosa feria y por sus corridas de toros.

Esta vez, sobre el aliciente que ofrece siempre el Puerto en la época animadísima de su feria, y sobre el estímulo de la estancia de SS. AA., que se han aficionado tanto á este lindo pueblo, que no saben salir de él sino para volver á los pocos dias, habia el aliciente y el estímulo de un baile en obsequio de los príncipes, que prometia ser brillante y magnífico, á juzgar por los preparativos que para él se hacian, y por el nombre de las personas encargadas de su direccion. Sometiéndonos, pues, á la fuerza de las circunstancias, en vez de penetrar en Cádiz con nuestros lectores, aún no hemos salido de la puerta del Mar y asomado la cabeza á la espaciosa plaza de San Juan de Dios, cuando retrocedemos impelidos por una compacta masa de viajeros que corren hácia el muelle como quien teme llegar tarde á una cita, y recelosos de que haya comenzado á poner en movimiento sus colosales ruedas el vapor *Relámpago*, uno de los dos que hacen la travesía de Cádiz al Puerto. Seguimos resignados el impulso de la corriente, nos dejamos envolver en sus oleadas, apretamos con ella el paso al oír el último toque de la campana que indica que se aproxima el momento de marchar, y á los pocos instantes ya intentábamos penetrar por el puentecillo que tienden desde el buque al muelle para el embarco y desembarco de los viajeros. Pero ¡intento vano!

El vapor aun no estaba en disposicion de admitir pasajeros; acababa de arribar del Puerto, y se podría decir de él que se hallaba en estado interesante, si fuera licito aplicar á una máquina de madera la frase sacramental con que significan los ingleses el período mas delicado de la vida de las esposas. Y el parto del buque no fue por cierto el de los montes de la fábula: contenia en su seno y fue dando á luz lentamente toda la ciudad oficial de Cádiz, que regresaba del besamanos del Puerto, presidida por el digno general Ordoñez, y acompañada de una de las bandas de música militar, que habia concurrido á dar mayor solemnidad al acto.

Salió, en efecto, del buque un pueblo entero para dar cabida á otro mas numeroso, entre el cual nos confundimos; y cuando ya estaba el vapor anunciando con el ruido sordo de su máquina que iba á darse á la vela, tendimos la vista por su proa como por su popa, y nos asombramos de no encontrar un palmo vacío en todo su inmenso espacio. Personas de todos los sexos, de todas las edades, de todas las clases y condiciones sociales, se veian allí confundidas y apiñadas. Si el viajar es, como sostienen algunos, una de las necesidades mas imperiosas de este siglo, en ninguna parte de España se ve esta necesidad mas cumplidamente satisfecha que en Andalucía. La prodigiosa facilidad de las comunicaciones, que con tan grande beneficio

de aquel pais han proporcionado las empresas de vapores que se dedican al servicio de las cortas travesías de Cádiz al Puerto, Puerto-Real, la Carraca y San Fernando, hace posible conducir á los viajeros por un flete tan módico, que está al alcance de todas las fortunas. Agréguese á esta economía tan atendible, la comodidad y hasta el placer del viaje, y no se estrañará que, particularmente los domingos y dias de fiesta, se traslade casi toda la poblacion de Cádiz á aquellos lindos pueblos, de donde regresa por la noche en los mismos vapores.

Pocas cosas pueden darse mas entretenidas que un viaje de esta especie. El gran número de pasajeros que el vapor conduce da ocasion á que se encuentren allí reunidos los tipos mas diversos. Esta vez las señoras, con sus manteletas y sus sombreros de paja, estaban en tan notable mayoría, que no hubiera sido difícil deducir que se trataba de un baile en el Puerto, si las corbatas blancas de dos caballeros de edad propecta no nos lo hubieran revelado ya. En un principio presumimos que serian dos autoridades populares, y despues supimos que eran dos músicos, que, hartó ocupados con el transporte de sus instrumentos, habian querido evitar sin duda el de su maleta, vistiéndose desde luego. Tiernas niñas de veinte ó pocos mas abriles, custodiadas por sus vigilantes mamás; señoras casadas con la escolta de sus esposos complacientes, de sus niños llorones y de sus amas

de cria insaciables ; oficiales de la armada de los que, próximos á embarcarse para dar la vuelta al mundo, anhelaban apurar todo lo que en él se goza para que fuese mayor su sentimiento al perderle; algunos de esos ingleses muy altos y muy rubios que, agregados al consulado ó dedicados á sus negocios, tienen su residencia en Cádiz; alguna que otra bella mátrona de aquellas que tienen en su hoja de servicios la frase equívoca de *virtud se supone*, y hasta una docena de jóvenes elegantes de esos que dan la ley en la alameda, y pasean con desden en la plaza de Mina, esta era en su mayor parte la tripulacion del vapor sobre la cámara de popa.

Tres cuartos de hora fueron suficientes para colocar á toda esta multitud en el Vergel del Puerto, lindo paseo que envidian algunas capitales importantes, y cuya poética belleza realza en gran manera su situacion á la orilla del mar.

Desde el anochecer reinó en todo el pueblo un silencio solemne, claro indicio de que á todos los concurrentes al puerto les traia atareados el afan de arreglarse para el baile. Aburridos de este silencio, y asombrados de la soledad del Vergel, nos dirigimos por la calle *Larga*, adjetivo que bien merecido le tiene, al paseo de la Vitoria, á ver la famosa feria que tanto llama la atencion de nacionales y estranjeros. Describir su bulliciosa animacion, pintar el efecto verdaderamente mágico de aquellas espaciosas calles de árboles, ilumina-

das por miles de vasos de colores, pendientes de uno á otro árbol; dar una idea de la confusa gritería de cien vendedores que, asomados al mostrador de sus blancas é improvisadas tiendas, ofrecen por dos cuartos un pollo, un pavo, una gallina, y llaman á los que pasan, y los interpelan, y los incitan á ganar lo que ofrecen por medio de los naipes; bosquejar siquiera el animado espectáculo de un gran gentío, entre el cual se distinguen tantas amarteladas parejas, tantos majos luciéndole á las señoras de sus pensamientos, desenvueltas cigarreras con su manton amarillo de espumilla que las cubre de la cabeza á los pies; y á todo esto añadir la ondulación de diez mil luces movidas por la brisa del mar; pintar todo esto, en una palabra, y de manera que el que no lo ha visto se persuada por la gracia de los detalles del efecto extraordinario del conjunto, es empresa que reclama alguna habilidad y mas tiempo del que podíamos disponer los que pensábamos concurrir á las nueve al baile del teatro.

De muy antiguo tienen los andaluces fama de galantes y espléndidos; esperábamos por tanto mucho de su galantería y de su esplendidez; pero hasta que entramos en el salon del baile no pudimos creer que rayara tan alto su buen gusto. Trasformar un teatro en un salon de baile, venciendo todas las dificultades é imperfecciones que ofrecen para este objeto los palcos y la forma ir-

regular de la sala, y no solo conseguir esto, que ya es mucho, sino sostener perfectamente á los ojos de los espectadores la ilusion de que se hallan en la entrada de un bellissimo jardin, es una obra que hace honor al buen gusto andaluz, y que demuestra todo el orientalismo y todo el genio de las imagines meridionales.

Nada, pues, mas brillante ni mas fantástico que el salon de baile. Lindas guirnaldas de flores en forma de pabellon pendian del centro del techo; los huecos de los palcos se habian trasformado en una elegante galeria, cubierta de macetas de pino y de flores, interpoladas con jarrones y estatuas. Una hermosa alfombra de color de grana cubria el pavimento, destacándose admirablemente sobre ella las blancas figuras de cien mujeres hermosas. En el centro del foro, que era como el vestibulo del jardin, se hallaban los sillones de SS. AA. colocados sobre una bella alfombra de paño blanco, y detras de los sillones se distinguia en lontananza una decoracion campestre, que figuraba el jardin iluminado por la luna. Nueve arañas de cristal, seis lámparas solares y hasta diez y ocho reverberos repartidos en los antepechos de los palcos, derramaban sobre toda la sala una luz vivisima y refulgente.

Pero el verdadero encanto de aquella mansion de placer le constituia el sinnúmero de señoras que poblaban la sala. Cádiz, Sevilla, Jerez, San Lúcar,

Puerto-Real, Rota, San Fernando y hasta Madrid mismo habian contribuido con su contingente de hermosura al regio sarao del Puerto para hacerle mas brillante y mas digno de la princesa, tambien hermosa, á quien se dedicaba la fiesta. Era un espectáculo delicioso y sobremanera seductor ver á tantas niñas, interesantes las unas, graciosas todas, bellas las mas, elegantemente prendidas, luciendo las lindísimas flores de que se habian provisto en casa de Mad. Fanny, que es como si dijéramos la Mad. Bernós de Cádiz, y ostentando los preciosos trajes que pocas horas antes habian salido de manos de la modista, personaje importante y á quien miman mucho las bellas gaditanas en esos dias de verdadero apuro. Nosotros, al pasearnos por la sala y al contemplar tantos rostros agraciados, nos confirmamos en la idea de que con dificultad habrá una provincia en España donde proporcionalmente á su poblacion haya mayor número de mujeres interesantes que en Cádiz. Unas son, como no pueden menos de ser, mas hermosas que otras; aquella vale mas que esta; pero todas valen algo: casi ninguna hay absolutamente desprovista de atractivo, como si fuera privilegio de las hijas de este hermoso pais llevar como un sello característico gracia en el rostro y fuego en los ojos para acreditar el suelo en que tuvieron la fortuna de nacer.

La presencia de SS. AA., que anunciaron los ecos armoniosos de la marcha real, vino á aumen-

tar la animacion de los convidados y á dar al baile el colorido regio que le correspondia. La ilustre heredera del trono de Castilla entró en la sala acompañada de su augusto esposo, y precedida de seis señoritas que la recibieron presentándola coronas de flores, y de los caballeros de la comision directiva. Un vestido de crepon color de rosa con dos faldas, cubierto de brillantes figurando flores, era todo el adorno de la princesa, y ese adorno bastaba para que, aun prescindiendo de su elevada alcurnia, la hubieran proclamado todos la reina del baile. El duque vestia de maestrante de Granada.

Eran de ver las respetuosas muestras de cariño con que recibió á los principes aquel concursó escogido: todos los ojos se clavaron en la augusta pareja que se ha conquistado el afecto y el entusiasmo de aquel pais, apasionado por carácter. Sobre las bellisimas cualidades, todas simpáticas, que adornan á nuestra infanta, una posee en grado eminente que la ha cautivado el cariño de las mujeres y la admiracion de los hombres. S. A. ama á su tierna niña con delirio, y allí todas las madres idolatran frenéticamente á sus hijos. El pueblo andaluz se ha penetrado de todo el amor de la madre, porque siempre que la escelsa señora se presenta en público, lleva en sus brazos á su hija, y en sus brazos la levanta en el palco real de las funciones públicas, y en el balcon de su palacio para que salude al pueblo, lo que hace la preciosa

niña con una gracia sorprendente en su infantil edad, y que enloquece á los andaluces. Añádase á esto el natural afecto que no pueden menos de inspirar príncipes generosos que en todas partes dejan la huella de su caridad y de su buen corazon; príncipes que eligen para su residencia las encantadas orillas del Guadalquivir; que comunican movimiento y vida á la industria y á las artes valiéndose de producciones todas españolas para adornar los salones de San Telmo, y que, en una palabra, se hacen hijos del pais, toman parte en sus fiestas, participan de sus gustos y de sus costumbres, y se comprenderá cuán puras y cuán sinceras eran aquellas muestras de cariño respetuoso.

¶ Pero volviendo al salon de baile de que nos íbamos separando sin querer, diremos á nuestros lectores que la bella princesa, despues de romper el baile con el general Schelly, bailó otros seis rigodones, el primero con el Sr. Gainza, jefe politico de la provincia, y despues con el alcalde corregidor del Puerto Sr. Lora, con el brigadier Saavedra, con el Sr. Carrera, con el oficial de marina Sr. Eulate, y con el Sr. Cortés, oficial del ministerio de la guerra. El príncipe bailó dos rigodones con las Sras. de Schelly y de Gainza.

¶ El baile siguió animado hasta despues de las cinco de la madrugada, en que terminó. SS. AA. se retiraron á las dos y media, habiendo poco antes permanecido algun tiempo en el elegante gabi-

nete donde se les tenia preparada una mesa con manjares y adornos, cuyo elogio está hecho con decir que era digno de los augustos convidados. Para todos los demas estuvo abierto toda la noche un *buffet* abundantemente provisto, adornado de ramilletes y servido por camareros en traje de etiqueta.

Se va haciendo larga la descripcion del baile, y nos falta mucho que decir; pero mucho, que callaremos, no solo por no fatigar á nuestros bondadosos lectores, sino porque algunas de las cosas que forman el verdadero encanto de un baile no se pueden consignar en el capítulo de un libro. Pasándolas, pues, por alto, solo indicaremos, para concluir, que como los que residimos habitualmente en la corte llevamos á todas partes incrustado en el corazon nuestro amor á Madrid, en medio de aquella concurrencia escogida, en el centro de aquel salon fantástico y encantador, rodeados de las niñas bellas del Guadalquivir, cuyo acento gracioso penetraba en nuestros oidos y profundizaba hasta nuestro corazon, quisimos consagrar un recuerdo á la corte de España, é instintivamente tratamos de buscar nuestro círculo, como si quisiéramos que los que como nosotros viven en Madrid, fuesen testigos y tomasen acta de lo espléndido de la fiesta del Puerto. De ese círculo de la corte encontramos pocos, pero dignos representantes. La Sra. de Cortina y sus dos interesantes y bellas ni-

ñas, aunque hijas del suelo andaluz, representaban allí al bello sexo del Prado y del pasco de Atochia; el otro sexo tenia por sus representantes al brigadier Cortés, al profesor de literatura de la universidad de Madrid, D. Isaac Nuñez Arenas, al coronel de estado mayor, Sr. Zayas, y al autor de estos apuntes.

III.

Cádiz.

Satisfecha nuestra curiosidad de viajeros en el regio sarao con que se solemnizaron en el Puerto los dias de la escelsa heredera del trono, el mismo vapor *Relámpago*, con la rapidez de su nombre, nos puso al dia siguiente muy temprano en la bahía de Cádiz. Nada se opone ya á que entremos en esta ciudad preciosa; pero antes de entrar, su hermoso muelle merece que le consagremos algunas palabras.

Los muelles de todos los puertos de mar son á nuestros ojos un terreno neutro, que no pertenece propiamente á las ciudades y naciones en que están enclavados, sino al mundo entero. Verdaderas

torres de Babel, todos los pueblos, todas las razas y todas las religiones cuentan en ellos intereses y representantes; todos los idiomas y dialectos del universo se dejan oír, y el murmullo general formado por tantas voces de diverso acento y de distinto idioma causa en el ánimo del observador una impresion tan profunda, que le presenta casi como realizable ese sueño dorado y utópico de algunos filósofos que deliran con la esperanza de que algun dia todos los pueblos del mundo formen una familia universal, con un gobierno y un idioma comun.

Si en todos los puertos de la península domina esta fisonomía especial por el continuo contacto en que los pone el mar con los países del globo mas remotos entre sí, en el puerto de Cádiz puede decirse que domina mas que en ningun otro de España por lo singular de su posición geográfica. Rara es la nación marítima que no tiene en esta bahía algun buque, que Cádiz, aunque plaza hoy de menos movimiento mercantil que el que la enriquecía cuando el monarca español dominaba en dos mundos, conserva por fortuna el suficiente para ostentar anclados en su bahía cien buques de diversos portes, y con banderas de todos los colores. Así, raro es tambien el dia en que no entran dos ó tres embarcaciones del Pacífico y salen seis ó mas para Lóndres, San Petersburgo ó Buenos Aires. Este continuo entrar y salir de

buques trae al muelle de Cádiz individuos de todos los pueblos, y á este comercio constante de intereses y de ideas con todos los países del globo debe indudablemente esta ciudad su adelantada civilizacion y su importancia mercantil.

La bahia de Cádiz es sin disputa una de las mejores de España. Espaciosa y profunda, hasta los vapores de mayor porte pueden aproximarse á desembarcar en la misma escalerilla del muelle, y en su gran estension pueden anclar cómodamente quinientas embarcaciones mayores. No es menos desahogado su muelle, que en el vastísimo espacio que media desde la puerta de Sevilla al sitio en que está colocada la capitania del puerto, ofrece ancho campo para oficinas, almacenes de depósito, desembarco de efectos, reparacion de barcas menores y hasta para baños privilegiados.

Al entrar en Cádiz por la puerta del mar y al abrirse paso el viajero por los numerosos grupos que cubren la espaciosa plaza de San Juan de Dios, se cree en el seno de una ciudad populosa, porque aquel inmenso público, por lo que hace á su número, tiene mucha analogia con el que se reúne en la concurrida Puerta del Sol de Madrid. Desde la espaciosa plaza se desemboca en la calle Nueva, calle no menos concurrida, donde se reúnen á tratar de sus negocios y á ver á sus amigos los capitanes de los buques próximos á darse á la vela, los patrones de los misticos, los marineros que nece-

sitan proveerse de algunos objetos para su viaje, los forasteros que no pasan el dia sentados en la plaza de San Antonio, los que se proponen hacer alguna expedicion á los pueblos cercanos en las góndolas, cuyos billetes allí se despachan, y los que los buscan para los vapores de Sevilla. La animacion natural que no puede menos de ofrecer tanta gente reunida en una calle de regular anchura, pero de corta estension, aumentada por el confuso guirigay de los vendedores, por las interpelaciones al oido de los misteriosos negociantes en tabaco de la Habana, por los tiernísimos ruegos en alta voz del sinnúmero de espendedores de billetes de lotería y por las risotadas y el tarareo de los negros que se dedican á limpiar botas y zapatos, llenos de placer por verse lejos de los *ingenios*, todo esto que decimos, parece indicar al forastero que ha llegado á un pueblo ruidoso y agitado por las oleadas de una poblacion excesiva. Pero esta primera impresion se desvanece pronto, y á los primeros pasos que da en la calle de Guanteros, donde empiezan los almacenes de quincalla, ó en la de Juan de Andas, verdadero templo de la moda y del buen gusto, se persuade de que está en una ciudad tranquila y reposada, cuyos laboriosos habitantes, y en particular la hermosa mitad de ellos, no se sienten atacados de la comezon de estar todo el dia en la calle, como acontece en otros pueblos.

Las calles de Cádiz son por lo general estrechas, como las de todas las plazas fuertes, á las cuales señalan las murallas un espacio dado, de donde no pueden pasar. A estos límites impuestos á los pueblos por las leyes de la propia defensa se unen en esta ciudad los límites que la naturaleza le impuso al rodearla de mar por toda su circunferencia. De ahí la consiguiente estrechez de sus calles y la desproporcionada altura de sus casas, estrechez y altura que en el ardoroso clima andaluz ofrecen la ventaja de proteger con su benéfica sombra á los transeuntes, aun en las horas en que el sol está en su mayor fuerza. Pero entre todas las calles, la mas hermosa es la calle Ancha, no solo por lo regular de su forma y por la bella situacion que ocupa, puesto que desemboca en la plaza de San Antonio, sino por los buenos y lindos edificios que ostenta en sus dos aceras. Hay en esta calle tiendas tan lujosas como la magnífica y surtida platería de Sivello, y las de Reimundin y Matamoros, almaceneros de muebles, donde se encuentran en este ramo de ebanistería adelantos tan portentosos, que nada tiene de extraño que hasta para los países mas remotos del globo lleguen buques á Cádiz á proveerse de sus preciosos muebles; vense tambien elegantes tiendas de modistas francesas, peluquerías vistosas como la de Cortés, guanterías á lo Dubost, sombrerías á lo Aimable, talleres de sastre á lo Utrilla, siendo únicamente de sentir que no vayan á aumen-

tar la hermosura y la animacion de la calle algunas tiendas de quincalla y que no esté allí situado el *Bazar gaditano*, gran almacén de este género, tan surtido como no hemos visto ninguno en Madrid. Entre las casas que mas llaman la atencion en esta calle ocupa el primer lugar la conocida con el nombre de *Casa de los Gremios*, tan bella y ostentosa en su fachada como es cómoda y hermosa en su distribucion interior. Y ya que hablamos de casas y de su distribucion interior, séanos licito consignar aquí como de paso que en pocas provincias la tienen mas cómoda y mas acertada que en las de Andalucía. En estos pueblos, al labrar una casa, que es la frase que allí se usa, el objeto primordial que se propone el dueño de la finca es la comodidad de los inquilinos, y así procura que cada partido, esto es, que cada cuarto tenga todas las piezas que reclaman las necesidades de una familia, y todo el desahogo conveniente para la vida. Por eso los patios son la parte mas importante de las casas, y tienen toda la anchura necesaria para las luces y ventilacion de la finca. En Madrid y en otras grandes poblaciones, por el contrario, como no se proponen por norte los arquitectos la comodidad del inquilino, sino la mayor renta para el propietario, sacrifican la comodidad de la vida al interes de la especulacion; y atentos solo á sacar todo el partido posible de un terreno determinado, cuidan mas que del número de piezas que deberá contar cada habita-

cion para su desahogo, del número de inquilinos que podrán anidarse en la casa para que sean mayores sus productos. Esto acontece por lo general en la corte; y decimos por lo general, porque las veinte ó treinta casas, ó mas bien palacios, con que recientemente han embellecido á Madrid algunas notabilidades de la banca, no son mas que una escepcion de aquella costumbre harto generalizada.

Dijimos antes que la calle Ancha desemboca en la plaza de San Antonio. Esta plaza, la mas nombrada, la mas antigua y la mas espaciosa de Cádiz, es un cuadrado perfecto, si bien los asientos y los árboles que les dan sombra están colocados en forma circular. Su situacion, aunque no céntrica, pues está á uno de los extremos de la poblacion, es tan bella, que las familias mas aristocráticas de Cádiz, si no tienen allí su casa, procuran habitar en los sitios contiguos, como la calle Ancha, la del Vendedor ó la de Linares. En esta plaza y en el centro de uno de sus frentes se halla la iglesia de San Antonio, que le da nombre, bonito templo, donde se practican las ceremonias del culto con una suntuosidad y una pompa que es proverbial en todos los templos de Cádiz. Aquellos altares, adornados de flores y de macetas; aquellas imágenes de la virgen, de tan bella escultura, que representan á la madre de Dios tan hermosa como suponen los cristianos que seria la mujer bendita entre todas las mujeres;

aquella prodigalidad de alhajas y de pedrería con que las señoras mas principales de la ciudad rivalizan por embellecer los altares que tienen á su cuidado; todo esto, en fin, escita en alto grado la devocion en los fieles, y prueba la religiosidad tradicional de los gaditanes.

Despues de la famosa plaza de San Antonio, sitio elegido por la gente de buen tono para pasear los domingos de invierno, sigue en el órden de importancia y de belleza la plaza del general Mina, que es el paseo favorito de las noches de verano. Esta plaza, que parece un verjel por las calles cubiertas de enramada que se estienden á todos sus lados, es el punto de cita para los amantes, el valle de esperanza para las niñas solteras, el puerto de amparo para los aburridos. Los faroles de gas que se levantan entre el ramaje derraman toda la luz que es necesaria para lucir los esbeltos talles y los agraciados rostros; y al mismo tiempo, merced al mismo follaje que les rodea, dan toda la sombra que ciertos amores exigen para crecer y desarrollarse sin enojosos embarazos que suelen matarlos al nacer.

Pero la noche nos ha cogido en la plaza de Mina, y como nos falta la luz indispensable para bosquejar tantos cuadros deliciosos, tantas escenas interesantes, tantos episodios seductores como allí pasan desapercibidos, nos vemos en la precision de aplazar su pintura para otra noche, en que la bené-

fica luna, protectora de los castos amores, bañe con su luz hermosa el ámbito inmenso de la plaza.

Los señores profesores de las escuelas de la ciudad
de San Juan de los Rios, en el departamento de
Cuzco, a las once de la mañana del día 15 de
enero de 1912.

IV.

La plaza de Mina.—El amor en Cádiz.

LA luna baña con su claridad hermosa la inmensa plaza que en las noches de agosto es el paseo favorito de Cádiz, y que lleva el nombre de un general ilustre en los fastos de nuestra independencia; la plaza de Mina, ancho espacio ocupado un tiempo por los muros de un convento famoso, y que la revolución contemporánea, en sus tendencias al desahogo y á la anchura, convirtió en delicioso paseo, propio para disfrutar en el estío las consoladoras brisas de la noche. En esta plaza espaciosa, que mas que el nombre de plaza merece el de jardín ó el de vergel, nos despedimos de nuestros lectores

en el capítulo anterior, porque la luz del gas, sin el auxilio poderoso de la que difunde la luna, no era suficiente, no ya para bosquejar, pero ni aun para ver las escenas palpitantes de interes que tenian lugar en aquel paseo tan concurrido.

Es indudable, y esto no deja de llamar la atencion del observador, que este modesto paseo nocturno está siempre mucho mas concurrido que el aristocrático de la tarde en la alameda. Y esto tiene una esplicacion muy sencilla en un pueblo como Cádiz, que, aunque en situacion bastante próspera, no cuenta hoy ni el movimiento mercantil, ni los capitales de otros tiempos. Sucédele á Cádiz lo que á aquellas personas que habiéndose visto en la opulencia en determinada época, cuando por efecto de las vicisitudes humanas Jescienden algo de su rango por la baja de su fortuna, huyen de la luz del sol, y encastilladas en su orgullo se eclipsan á los ojos de los que fueron testigos de su prosperidad y grandeza. Cádiz fue en sus felices tiempos, cuando entraban en su puerto las flotas cargadas del oro de América, la cuna del lujo, de esa vana deidad á que las mujeres sacrifican todo, hasta su honra á veces. Hoy no es lo que fue un dia. Han mudado mucho los tiempos; se han trasformado las familias; han desaparecido algunos capitales, el lujo y la riqueza, si bien sostenidos aun por sesenta familias, no son tan generales hoy como lo eran entonces; una vida modesta y retirada ha su-

cedido en innumerables casas á una existencia de ostentacion y de goces. Y como Cádiz no es un pueblo corrompido, sino un pueblo morigerado, y como allí el lujo, cuando estaba mas generalizado, no era sintoma de corrupcion, sino termómetro infalible de riqueza y bienestar, hoy, á las familias que han perdido en posicion, pero no en noble orgullo, porque no abandonan el recuerdo de lo que fueron, no las busqueis en la alameda las tardes de verano, ni en la plaza de San Antonio las mañanas de invierno; sus trajes modestos no podrian resistir á los escudriñadores rayos de un sol que no respeta la desgracia; buscadlas, y las encontrareis en las noches de agosto en la plaza de Mina, que las calles, cubiertas de enramada, ocultan con protectora sombra su modesto y sencillez porte.

En tres grandes grupos ó clases pueden dividirse los concurrentes al paseo de la noche del uno y otro sexo. Forman el primer grupo las personas de buen tono y de brillante posicion, que concluyen allí el paseo que comenzaron en la alameda; componen el segundo esas familias amigas de las sombras y victimas de los cambios de la época; y por último, forman la tercera seccion una clase de gente fina en la apariencia, y sin duda en el fondo, pero de condicion menos noble y de ocupaciones mas mecánicas, á quienes se distingue en Andalucía con el raro nombre de *cursis*. Esta ca-

lificación está universalmente estendida; y cuando allí se dice, elevando la palabra *cursi* á la categoría de adjetivo, que el paseo, el teatro ó el baile han estado *cursis*, todo el mundo comprende que han estado malos; esto es, que no han concurrido á ellos personas notables y distinguidas.

Las *cursis*; es decir, las sencillas muchachas de quince á veinte abriles, que mantienen á su madre anciana y desvalida con el producto de sus labores; las hijas del artesano ó del tendero honrado, que, impulsadas por el movimiento progresivo del siglo, visten con elegancia en medio de su pobreza, y cubren con sus largos mantos las averías de su traje, que embellecido por tres volantes parece otra cosa de lo que realmente es; las hijas también del oficial retirado y del olvidado cesante, que en la ilusión de sus pocos años no paran mientes en los cuidados del pan de mañana que amargan la existencia de su infeliz padre; todas estas, decimos, son las protagonistas de esos dramas de amor que se representan á la sombra del follaje; dramas que las mas veces concluyen en el primer acto, sin llegar á su desenlace, apenas conocen los seductores nocturnos que el terreno en que han puesto el pie es estéril para su propósito. Hemos dicho que las *cursis* son las heroínas de los amores de la plaza, y el lector estrañará que el amor, que, verdadero comunista, no respeta clases, no reconoce gerarquías y lo invade todo,

se limite á herir con sus flechas á las jóvenes de la clase mas humilde; pero, sin embargo, nada es mas cierto. Las señoritas de alta clase son tambien amadas como es de suponer; pero no son sus amores tan al aire libre, y lo mas que en las noches de paseo obtienen, es consolidar los que nacieron la noche anterior en el teatro ó se dejaron entrever tímidos, como recién nacidos, en la álameda. Es decir, que solo el socorrido tiroteo de miradas inteligentes es el consuelo de la niña enamorada y del galan tierno que empiezan á simpatizar sin saber cómo.

Para que esto se comprenda es preciso entrar en esplicaciones á que descendemos con gusto porque hacen mucho honor á la moralidad y pureza de costumbres del pueblo gaditano. En Cádiz apenas se conoce el *coqueteo* que pudiéramos llamar de puro lujo. La palabra *novio* es casi siempre precursora de la de *esposo*, como el grado de *teniente* en la milicia es precursor en plazo mas ó menos lejano del de *capitan*. Las niñas de buen tono que pasean de noche no tienen un compromiso formal; esto es, no tienen *novio*; las que lo tienen; es decir, las que se preparan á ser esposas, no van á la plaza de Mina, porque no van á ninguna parte. Eclipsanse á los ojos de la sociedad para reconcentrarse enteras en su amor, en ese amor que ha de hacer la felicidad de su vida, la ventura de sus hijos. Y esta especie de sistema celular, aplicado al amor,

y esta verdadera encerrona de preparacion parecida á la á que se sujeta en nuestras universidades á los estudiantes para obtener ciertos grados académicos, no deja de tener extraordinarias ventajas, productoras siempre de largos años de tranquilidad doméstica. Encerradas en su casa las niñas, sin tentaciones peligrosas, sin provocaciones arriesgadas, saben que en aquellos meses que preceden á su variacion de estado deben á la sociedad compostura y miramiento. Sin nada que las distraiga por fuera de su hogar, paréceles mayor la felicidad que tienen por dentro, y acostúmbranse y se aficionan al trato de aquel hombre, que ha de ser el compañero de toda su vida y el encanto de su existencia; y como no le comparan con otros, porque á él solo le ven, á él solo le oyen, figúraseles mejor que todos, siquiera no valga tanto.

Este eclipse visible de la niña, á quien no se ve ya en el teatro, ni en la alameda, ni en el baile del Puerto, coincide con el eclipse de su galan, y el eclipse no puede ser mas completo ni mas visible. A los ocho dias, en todas las reuniones, en todas las casas se saben como cosa oficial los emprendidos amores; y como allí pocos los acometen sin la vocacion de esposos muy desarrollada, nada mas seguro que el que al cabo de algun tiempo venga el matrimonio con toda la santidad tremenda de sus lazos indisolubles á coronar los castos amores. Esta publicidad pasmosa, que aplicada á la política

es un freno para los gobiernos, aplicada al amor es un freno en Cádiz para los novios de condicion ligera. Ellos, los casquivanos, si lo son, podrán intentar requerir de amores á otra niña; pero ellas, previsoras y cuerdas, que respetan por su propio interes los bienes agenos y los derechos adquiridos, como si tuviesen establecida una sociedad de seguros ó de proteccion mutua, rechazan altivas al hombre-mariposa que intenta una travésura de infidelidad, y este hombre, repudiado solemnemente, por coqueton que sea, ó corrige sus tendencias á la bigamia, y renuncia al engaño, ó abandona el puesto á otro mas constante y menos caprichoso.

Preparada así la niña soltera para el matrimonio, acrisolada su pureza en el aislamiento, inmaculada su reputacion y sin sombra de remordimiento su conciencia, da la mano á su prometido sin ostentacion; y como los que se aman se bastan á sí mismos, una vez celebrada la ceremonia santa abandonan por algunos meses la ciudad donde son conocidos, y gozan en el campo, sin esponerse á las investigadoras miradas de una curiosidad indiscreta, de los inefables placeres de la *luna de miel*.

En estas costumbres encontramos mucho que elogiar, porque son fecundas en bienes sin cuento. A ellas se debe el que la sociedad de Cádiz sea una de las mas morigeradas de España; allí el sentido de la palabra *escándalo*, aplicada á la vida de los esposos,

apenas se comprende; el hogar doméstico es un templo de amor conyugal, un asilo de paz, un centro de ventura. Podrá esta verdad no ser tan absoluta; tendrá si se quiere sus escepciones; pero son cortas en número; porque Cádiz, como si á él se hubiesen refugiado en la tormenta que corren las costumbres de Europa toda la austeridad y todo el inflexible rigor en puntos de honra que distinguió á la sociedad de nuestros abuelos, imprime un sello de oprobio sobre la frente de la mujer casada que falta á sus deberes, y la condena á una especie de ostracismo en medio de la sociedad misma, ostracismo mil veces mas terrible que el que se sufre lejos del pais natal; y rara es la esposa que aun con un pie en el abismo no huya de él al contemplar horrorizada esta perspectiva. ¡Benéfica severidad, que aunque hija, si se quiere, de preocupaciones añejas que este siglo descreído rechaza, es tan fecunda en bienestar para las familias, en moralidad para los pueblos, y en paz y en honra para la patria!

V.

Los príncipes en el vapor Pizarro.

El acto de una visita de príncipes de sangre real á bordo de un buque de guerra es uno de los mas ostentosos y brillantes que puede contar en sus anales la marina de una nacion. Espectáculo verdaderamente encantador, cautiva los ojos y el corazón del que tiene la suerte de presenciario, y si se verifica en nuestro pais, le inspira el mayor respeto y la mas dulce simpatía hácia el noble y disciplinado cuerpo de la armada, hácia ese cuerpo ilustre, cuyos distinguidos miembros revelan en sus rostros, curtidos por el sol de los mares, que nunca han desmentido la tradicional nobleza que les lega-

ran aquellos varones esclarecidos que conquistaron para la corona de España un nuevo mundo.

En medio de las calamidades de la época presente, y en el triste estado de decaimiento á que han reducido á nuestra patria las discordias civiles, alienta el ánimo encontrar en el campo de los hechos alguna de esas verdades que consuelan en el presente é infunden esperanza para el porvenir. Y una verdad en alto grado consoladora es que la marina española va reponiéndose de su postracion antigua, y á pesar de las penurias del erario público, se aumenta y enriquece todos los dias con buques magníficos que llevan la hermosa bandera de España á las costas de Italia, á las incultas playas africanas y á las remotas regiones de Nueva-Holanda.

Uno de los buques con que recientemente se ha aumentado nuestra fuerza marítima es el *Pizarro*, magnífico vapor de guerra construido con toda la solidez y todo el primor con que se hacen estas construcciones en los arsenales de la Gran-Bretaña. Este buque, de increíble velocidad por la fuerza de su máquina, despues de haber hecho dos expediciones á Melilla, para trasportar las tropas que debian poner freno á la audacia de los musulmanes, se hallaba anclado hacia algunos dias cerca del arsenal de la Carraca; y esta circunstancia, unida á la fama del buque, escitó en SS. AA., tan propensos siempre á estimular con su presencia los

progresos de todos los ramos del estado, el deseo de visitarle y contemplar detenidamente todo lo que contiene esta inmensa mole de madera. Apenas significaron SS. AA. este deseo al digno capitán general del departamento, Sr. Primo de Rivera, le acogió este celoso jefe con el entusiasmo que es de suponer en quien mira las glorias de la marina como sus propias glorias y cuanto tiende á enaltecerla y á honrarla, como su mayor satisfacción.

A las once de la noche del 6 de setiembre se dignaron avisar SS. AA. que al día siguiente á las dos y media de la tarde visitarían el *Pizarro*; y en el cortísimo tiempo que medió desde el aviso á la visita, se hicieron en el buque los preparativos que eran consiguientes á tan lisonjero anuncio, y en la mañana del 7 los cuatro buques anclados en el caño del arsenal, que eran el bergantín *Habano*, el vapor *Vigilante*, el místico guarda-costas *Palomo* y el vapor objeto de la visita, aparecieron empavesados con sus banderas y gallardetes.

El señor capitán general se reunió en el *Pizarro* con los primeros jefes de la plana mayor del departamento, y poco despues de la una y media se dirigió con ellos en la falúa de la mayoría al muelle de Puerto-Real para recibir á SS. AA. Acompañaban al Sr. Primo de Rivera, el general segundo cabo, D. José Rio Eligio; los brigadieres de la armada, D. Agustín Tablada, capitán del puerto de

Cádiz, D. José de la Cruz, comandante del arsenal, y D. José Halcon y Mendoza, director del colegio naval; el intendente de marina del departamento, D. Joaquin Navarro; el comisario ordenador, contador principal, D. José Croquer y Sartorio, y el coronel del batallón de infantería de marina, D. José Posada.

SS. AA., con la exactitud que es en ellos proverbial, llegaron á las dos y media en punto del Puerto de Santa María, y se apearon de su elegante carruaje en el muelle de Puerto-Real, donde fueron recibidos y saludados por el general y demás jefes. Cruzaron el muelle, decorosamente adornado, y se embarcaron en la falúa del capitán general que estaba destinada á su servicio. En la misma se embarcaron también la tierna infanta, hija de SS. AA., las dos señoras de la servidumbre, con el señor duque de Zaragoza, el general y todos los señores que formaban la comitiva. Sentados los príncipes en la falúa, el Sr. Primo de Rivera pasó á la parte de popa para patronearla, y SS. AA., bondadosos siempre, le eximieron de este encargo, que encomendó el general á un oficial de la armada.

En tanto que la falúa, adornada lujosamente y enarbolado el estandarte real por llevar á su bordo personas de regia estirpe, cruzaba el tranquilo y largo espacio que separa al muelle del vapor, se hallaba en este esperando á SS. AA. para hacerles los honores la Sra. doña Juana Sobremonte

de Primo de Rivera, esposa del capitán general. Un zaguanete de guardias marinas estaba formado á la entrada del buque, y á retaguardia una compañía del batallón de infantería de marina, cuya banda de música estaba situada en la parte mas elevada del centro del vapor, como espiando el momento de divisar á los príncipes para difundir por el aire sus armoniosos ecos. El capitán de fragata, Sr. Grandallana, comandante del *Pizarro*, que en aquellos momentos puede decirse se hallaba en todas partes, se asomaba de vez en cuando á la escala del vapor, impaciente por disfrutar pronto del honor que iba á dispensarse al buque de su mando. También estaba allí esperando á SS. AA. el mayor del departamento, D. Pedro Pilon.

En los alrededores del arsenal, y en el puente de la avanzadilla que le da frente, se distinguían bastantes curiosos que se esforzaban, auxiliados de anteojos, por contemplar la bella ceremonia de la recepción de SS. AA. En la popa del vapor se guardaban las falúas de la mayoría y de la comandancia del arsenal; en la primera estaban una de las señoritas hijas del general, el jóven D. José Primo de Rivera, intendente de Lérida, y su esposa, la señora del contador principal y otras dos señoras. En la parte de proa del vapor se hallaba la falúa de la capitania del puerto con la familia del señor Tablada.

Divisose por fin la venturosa barquilla que lle-

vaba sobre la tersa superficie de las aguas á la ilustre heredera del trono de cien reyes; pusiéronse todos en movimiento, y comenzó la parte mas bella de este acto interesante. Majestuosamente se iba aproximando al *Pizarro*, impelida por veinte remos, la falúa de SS. AA., y cuando ya estaba á corta distancia, rompieron el fuego los otros tres buques anclados cerca del vapor y la batería del arsenal; esparció la banda de música por los aires los ecos de la marcha real, y los marineros formados en las vergas y levantando en alto sus sombreros, prorumpieron en los vivas de ordenanza. Dificil es describir el mágico efecto de esta solemne recepción. La vista de los buques empavesados, la de los marineros formados en las vergas, cogidos de las manos, con sus trajes blancos, confundiendo sus voces de júbilo con el estampido de los cañonazos; los ecos de la música y el ruido de los remos; todo esto, realzado por un hermoso dia de otoño y alumbrado por un sol refulgente, formaba un cuadro de admirable belleza y de singular encanto, digno de la lira de un gran poeta. Desembarcaron SS. AA. de la falúa con toda la comitiva, y subieron al vapor por la escala real. S. A. la infanta vestia un traje de linon blanco con tres volantes bordados y viso de color de paja, luciendo en la cabeza su mantilla española, que no abandona nunca, una flor encarnada y un precioso aderezo de esmeraldas. El duque vestia de paisano.

Recibidos los príncipes por el comandante, señor Grandallana, en el último peldaño de la escala, y por la señora de Primo de Rivera, recorrieron seguidos del general y demás jefes la larguísima eslorra del vapor de popa á proa; bajaron despues á la cámara del comandante y de los oficiales; en seguida á la de la marinería, y por último á la bodega, quedando admirados del orden y del aseo que reinaban en todos aquellos departamentos. Despues de examinarlo todo con la mayor complacencia, aceptaron con la bondad propia de su carácter el refresco que les tenia preparado en la cámara el capitán general. Una mesa de caoba adornada de flores, cubierta de ramilletes, de dulces y de helados, y con vinos de varias clases, entre los cuales figuraban la tintilla de Rota, que es, segun parece, el vino predilecto del duque de Montpensier, revelaba el buen gusto y la esplendidez del digno general que hacia el obsequio.

Tres cuartos de hora escasos permanecerian SS. AA. en el vapor. Trascurrido este tiempo, salieron de él acompañados de la misma comitiva y con la misma solemnidad. Se reprodujeron los vivas de los marineros, los ecos de la marcha real y el estampido de los cañonazos, y dirigiéndose la regia falúa á Puerto-Real, allí tuvieron el honor de despedir á SS. AA. el general y los jefes del departamento, y quedó terminado un acto solemne, poco frecuente en los fastos marítimos de España,

y que recordarán con noble orgullo los dignos oficiales del *Pizarro* y el apreciable general del departamento de Cádiz.

VI.

El colegio naval militar.

ENTRE las muchas ventajas que ofrece la ciudad de Cádiz al forastero amigo del movimiento, no es la menor por cierto, como ya hemos indicado antes de ahora, la facilidad de trasladarse desde aquella plaza á veinte puntos diferentes, amenos todos y á cual mas pintorescos. Algunas personas, aun de aquellas que reconocen lo lindo y primoroso de la ciudad, suelen quejarse de la opresion que causa á su espíritu y de la tristeza que infunde á sus ojos tender la vista por el horizonte y verse por do quier rodeados de agua. *Aquí no hay campo*, suelen exclamar con reconcentrada

pena, y sin embargo, no es tan fundada la queja como al primer golpe de vista parece. Es verdad que mas allá de sus murallas no hay en Cádiz otro campo que el del Océano con sus tranquilas olas, ni otros caseríos que esos edificios movibles de madera que entran ó salen de su muelle; no son aquellas seguramente las fértiles y risueñas orillas del Guadalquivir donde parece que se complació el Ser Supremo en derramar toda la poética belleza de su grandiosa omnipotencia. El choque de las olas contra los muros de una plaza fuerte; el color turbio á veces de las aguas, en que se refleja siempre el del cielo; la monotonía de contemplar el mismo espectáculo por todas partes, indudablemente que en espíritus de suyo melancólicos podrá aumentar la tristeza; pero los que no adolezcan de ese tinte de melancolía; aquellos en que el dolor no se ha albergado siempre, pueden abarcar con su vista serena todo el horizonte, y no lejos, en lontananza, al otro lado de la costa, ven levantarse del fondo del mar un pueblo lindísimo, el Puerto de Santa María; tienden los ojos mas allá, y despues de tropezar con el famoso Trocadero, se encuentran con el pintoresco Puerto-Real. En estos y otros pueblos convida una risueña campiña á gozar de los placeres, cuya falta se lamenta en Cádiz, y á esos pueblos se va por mar en poco mas de media hora con toda la comodidad que ofrecen los hermosos buques de vapor.

Pero aquellos forasteros que quieren algo mas que las delicias del campo, y que recrean su imaginacion y alimentan su curiosidad visitando establecimientos notables, en ningun punto pueden ver mas satisfecho su deseo. Cerca de Cádiz, en la ciudad de San Fernando, de que mas tarde nos ocuparemos, está ese brillante observatorio astronómico, que casi no tiene rival en Europa; allí, á corta distancia, que se salva rápidamente en el vapor *Infanta*, se encuentra el famoso arsenal de la Carraca, tan célebre por sus diques, por sus talleres y por sus construcciones; y frente á ese arsenal donde se construyen y se reparan buques, en la orilla opuesta, se levanta un bello edificio, de la forma de un palacio, donde se educa la juventud bizarra que mas tarde ha de llevar con gloria en esos mismos buques la bandera española á todos los confines del mundo: ¡plantel precioso, en que el pais y el gobierno cifran las mas bellas esperanzas!

Ya habrán comprendido nuestros lectores que aludimos al colegio naval militar, importante instituto creado en 1845, y que ha reemplazado á las antiguas academias de guardias marinas. De este establecimiento nos proponemos decir algo en este capítulo, porque fue uno de los primeros que visitamos á los pocos dias de haber llegado á Cádiz.

Pocas clases habrá en España mas útiles, mas distinguidas y al propio tiempo mas olvidadas que

las del cuerpo de la armada. Sus dignos individuos, verdaderos mártires del honor militar, vienen sufriendo desde muy antiguo todo género de privaciones y escaseces, como si nuestros gobiernos se hubiesen echado la cuenta de que á los marinos españoles les bastaba para su alimento el recuerdo de sus glorias y la contemplacion de los peligros á que su profesion les espone de continuo. Este olvido tan injustificable y doloroso, no ha entibiado la lealtad y el entusiasmo de nuestros marinos, y lo que es mas, no ha sido parte para desalentar á ese sinnúmero de jóvenes, procedentes de las familias mas ilustres de España, que aspiran todos los dias al lauro de ingresar en ese honroso cuerpo.

En medio de tantos años de olvido y de abandono, ha lucido recientemente para la marina española un período, harto breve por desgracia, de proteccion y de fomento, y ese período ha sido durante el ministerio del Sr. Armero y Peñaranda. Mientras este celoso general estuvo al frente de la secretaría de marina, los departamentos recobraron su antigua animacion; se rejuvenecieron nuestros arsenales; se aumentaron nuestros buques; y los marinos militares, como los individuos del cuerpo administrativo de la armada, se vieron pagados con una puntualidad desconocida en los fastos de sus oficinas. Hoy aun continúa el movimiento de vida prestado por el Sr. Armero á nuestros arsenales;

pero si bien el presupuesto material está atendido en lo posible, el personal; esto es, el mas importante, sufre dolorosas privaciones, hijas sin duda de los apuros del erario público.

Uno de los actos con que señaló su administracion el teniente general de la armada, D. Francisco Armero, fue la creacion del colegio naval militar, y asi lo revela á los curiosos una inscripcion colocada en una de las puertas del edificio. Este colegio, único en España, y que puede competir con los mas brillantes del extranjero, está situado en el lugar designado para la nueva poblacion de San Carlos, entre la ciudad de San Fernando y el arsenal de la Carraca. Ocupa un cómodo, elegante y vasto edificio, construido á fines del siglo pasado, bajo los planos y direccion del marques de Ureña, con destino sin duda á otro objeto muy diverso, pues entonces se proponia la marina establecer en dicha poblacion todas las dependencias del departamento. La planta es rectangular, con trescientos pies de largo y ciento veinte de ancho, y la fachada principal, que termina en ático, está en uno de los lados menores que da al N. E. Rodea al edificio un muro bajo, coronado de verja, que encierra un espacio capaz para servir de lugar de recreo á los alumnos en las horas de descanso, y donde hay algunas dependencias del establecimiento. El ángulo del E. de dicho muro lo forma una batería doctrinal á barbata, y en la parte interior del ba-

luarte hay un trozo de buque de cruz, en sólido sobre el terreno , que comprendiendo la proa, abraza el palo trinquete y toda la maniobra necesaria para el aprendizaje práctico de los aspirantes.

Todo esto por lo que se refiere á la parte exterior del colegio; que en lo que toca á la parte interior, preciso será que nos detengamos algo mas para formar una idea cabal de su bella y acertada distribucion. Los conocimientos artisticos del arquitecto han cedido aqui el campo á los conocimientos prácticos del jefe de un establecimiento de esta clase, responsable del órden y buen gobierno en todas sus dependencias; y ha sido tan hábil y acertada esa distribucion, que centralizada, por decirlo así, la vigilancia desde cualquier punto dado, el director del colegio, á la manera de la Providencia, se encuentra en todas partes; ningun alumno puede descansar en la confianza de que no es observado, aun en los actos mas reservados de la vida; y todo esto se verifica con el decoro, con la dignidad y con los respetos sociales que merecen los caballeros alumnos.

El interior del edificio, dividido en tres pisos y otras tantas secciones verticales, contiene cinco grandes patios; el del centro, circular y cubierto de cristales, conduce á un sistema de escalera de mármol tan elegante como nuevo. Los demas, provistos de buenos aljibes, se hallan adornados con sumo gusto, y particularmente el de

entrada, que es una columnata dórica, graciosa por su nobleza y sencillez.

Recorrimos uno á uno todos los pisos del edificio; y si nuestra memoria es fiel, apuntaremos ligeramente lo que comprende cada uno de ellos. En el piso bajo están la capilla, las salas de recibimiento, esgrima y baile, el comedor, las cocinas y las habitaciones del alcaide y portero. Todas estas piezas son espaciosas, llamando la atención de los curiosos el comedor, que mas que el de un colegio, parece el de una fonda de primer orden por su estension, por su elegancia y por el brillante servicio de las mesas. Cada seis alumnos comen en una, y tienen un camarero á sus órdenes.

El piso principal contiene en un departamento todas las dependencias de direccion y administracion y la biblioteca, notándose en la sala de juntas, ademas del retrato de S. M., los de algunos hombres célebres, como Colon, Cortés, Elcano, don Alvaro de Bazan, D. Juan José Navarro, D. Jorge Juan, D. Antonio Ulloa, etc. En otro departamento mas estenso, que ocupa el centro del edificio, se encuentran los alojamientos de los aspirantes; estensos salones cortados con mucho acierto por tabiques como de dos varas de alto y dos de ancho, que dejando espedito uno de los lados de dichos salones, forman en el otro una serie de camarotes abiertos. En el fondo de estos penden ha-

macas, donde duermen los alumnos, y los pupitres y papeleras se ven colocados lateralmente al canto de dichas divisiones, de tal modo, que los ayudantes descubren desde cualquier punto del salon á todos en las horas de estudio.

El tercer departamento forma con separacion total del resto del edificio y puerta en la fachada del S. O. los pabellones de los jefes y oficiales.

En el tercer piso se halla, sobre el departamento de las oficinas, la enfermeria, en la que habitan tambien los capellanes, y en el centro está la academia, cuyas clases tienen ingreso por una estensa galeria adornada con cuadros, mapas, é inscripciones biográficas análogas al establecimiento.

El número de alumnos del colegio es de ochenta, pudiendo entrar en él desde once á catorce años de edad. El curso de estudios dura tres años y medio, y comprende aritmética, principios de álgebra, geometria, trigonometria, principios de mecánica, fisica y química, cosmografía, navegacion, artilleria, idiomas, dibujo, esgrima y otras materias accesorias.

Tiene el colegio actualmente adquiridos para su biblioteca dos mil volúmenes, y posee ademas una coleccion de instrumentos de matemáticas, fisica y química, entre los cuales hay un modelo de máquina de vapor.

Esta descripcion, que podrá parecer minuciosa, se nos dispensará sin duda en gracia de la impor-

tancia de un establecimiento que hace honor al pais, y que honra no menos al gobierno español, que lo sostiene con la mayor brillantez en medio de las apuradas circunstancias que atravesamos. Hasta ahora nos hemos limitado á describir el colegio en su parte material, en su aspecto exterior, en su distribucion interior, y nada hemos dicho de lo que constituye su base, de la parte moral que lo ha puesto en ese grado de adelantamiento, de lo que podríamos llamar el alma del colegio, de su dignísimo director, el brigadier de la armada D. José Maria Halcon, y de los aventajados profesores que dirigen las clases. Dificilmente podria el gobierno de S. M. haber nombrado una persona mas á propósito para dirigir el colegio que el Sr. Halcon. Su instruccion notoria, su entusiasmo por el cuerpo á que pertenece, sus finísimos modales, su carácter dulce al par que enérgico, y hasta su digno y grave continente le hacen muy propio para estar al frente de un colegio de jóvenes, caballeros y pundonorosos todos. Las singulares prendas del director del colegio naval contribuirán en gran manera, no solo á que este establecimiento nacional dé al pais excelentes oficiales de marina, hábiles en la maniobra y valientes en los peligros, sino lo que es mas, y este es á no dudarlo el mayor bien que está destinado á producir este instituto, á crear y arraigar en sus hijos el espíritu de cuerpo por el trato dulce que ha sabido hermanar con el rigorismo de la disciplina. Conse-

cuencia natural y lógica de este tacto del director y del ilustrado celo de los dignos profesores es ese orden admirable que reina en todas las dependencias del colegio; esa pulcra limpieza que doquier se observa; esa alegría y ese noble orgullo por pertenecer á un cuerpo distinguido que se notan en los semblantes de los alumnos que hasta en sus juegos mas insignificantes y en sus aficiones mas inocentes revelan estar poseidos del mayor entusiasmo por la noble carrera que han emprendido, renunciando, niños todavía, á la libertad y á las delicias del hogar paterno.

Muy grata impresion produjo en nuestro ánimo la visita al colegio naval; mucho nos complació contemplar de cerca aquel precioso plantel de oficiales de marina, de cuyas filas han salido este año jóvenes distinguidos que hacen su primera navegacion en la hermosa *Ferrolana* en el viaje de circunvalacion recientemente emprendido; en el precioso bergantin *Habanero*, que se dirige al pais de su título, ó en el vapor *Pizarro*. Cuando un español amante de su patria visita establecimientos como el colegio naval militar, cuyo grado de prosperidad es tan sorprendente, olvídase de la España abatida de estos tiempos, de la nacion lacerada y empobrecida por los partidos y las discordias civiles, y cree vivir en aquel feliz periodo en que nuestro pabellon era respetado y temido en el mundo, y en que no se ponía el sol en los dominios españoles.

— 55 —

VII.

San Fernando.—Observatorio astronómico.

A dos leguas de Cádiz hay un pueblo, cuyos grandiosos restos revelan su importancia antigua; ciudad célebre desde la cual se lanzó en 1820 el primer grito de libertad que el eco del patriotismo repitió luego en toda España; departamento marítimo, sin duda el mejor, como es el primero de la nación, pero pueblo triste y decaído hoy porque su vida y su prosperidad van intimamente enlazadas á la vida y á la prosperidad de nuestra marina. El viajero que por primera vez entra por su calle Real, por aquella espaciosa y magnífica calle que compite en anchura con nuestra famosa calle

de Alcalá y le escude en estension, puesto que empieza en el camino de Cádiz y termina en el puente Zuazo, al tender sus ojos por aquella calle tan inmensa como desierta, al contemplar aquellas lindas casitas blancas todas y bajas las mas con sus cierros de cristales, velados por verdes cortinillas donde se estrellan las miradas de los curiosos y á duras penas penetran las de los amantes, y al observar que en todas partes reina el silencio mas profundo y la soledad mas completa, cree visitar una ciudad habitada por impalpables sombras, y, sin embargo, se halla en un pueblo donde no hay casas suficientes para su poblacion. Al espresarnos así, ya habrán comprendido nuestros lectores, aunque no se lo hubiera dicho el epígrafe de este capítulo, que nos referimos á la ciudad de San Fernando, generalmente conocida por el nombre de isla de Leon. ¡La isla! Hé aquí la que nosotros dimos en llamar la ciudad de las sombras, y, no obstante, en pocos pueblos de España se reunirá una poblacion mas selecta, mas numerosa y mas brillante. Dependientes la mayor parte de sus vecinos del ministerio de marina, puede decirse que allí, como en Cádiz, no se conoce esa clase de gente á quien se distingue con la calificacion de populacho. Casi todos son allí marinos, desde el tierno niño de ocho años que asiste al colegio preparatorio con su chaquetita de guardia marina, hasta el jefe de la familia, teniente de navío ó capitán de fragata que

surca las aguas de Italia ó de América, ó está agregado á alguna comision del servicio en el departamento. Fuera de las familias de los marinos, que forman el núcleo de la poblacion, solo hay las de los propietarios que viven de las rentas de sus fincas ó de las no inenos pingües que les dan las salinas, único ramo de riqueza allí explotable.

Todas estas familias numerosas cuentan en su seno, como es fácil presumir, preciosos pimpollos de quince á veinte abriles, tiernas y olorosas flores que van creciendo espontáneas, sin que influyan en su desarrollo los vivíficos rayos de un sol que no ven nunca. En la isla no se concibe la necesidad de salir las señoras á paseo; aquellas niñas, encerradas todo el año detras del cierre de sus ventanas bajas, solo pisan la calle los dias de misa de precepto acompañadas por sus mamá's, y eso lo hacen muy de madrugada; las que van á misa de doce espónense mucho á pasar por casquivanas y loquillas. Cumplido el deber religioso, y satisfecho tambien el que se mira allí como sagrado de las visitas de etiqueta, enciérranse las niñas en sus casas y se colocan detras de sus rejias, verdaderas baterías desde las cuales pasan por las armas de su murmuracion sin piedad á cuantas personas poco conocedoras de las costumbres de la isla, y prevalidas de la soledad de sus calles, se lanzan á ellas con cierto abandono en su traje.

De esta vida solitaria y triste en que consumen sus mejores dias las jóvenes isleñas, quéjase de continuo, lamentándose con razon de que una vanidad mal entendida y el lujo, esa insaciable deidad de las mujeres, retraiga á una sociedad que tantos elementos cuenta de animacion y de vida, de estrechar lazos queridos y relaciones simpáticas en reuniones nocturnas numerosas, que interrumpiesen de vez en cuando la monotonía tristeza de las eternas noches de invierno. Recientemente ha tratado de satisfacer esta necesidad con un brillante baile el *Casino de San Fernando*, punto de reunion de todos los caballeros de la isla, el cual ha abierto sus elegantes salones á todas las familias mas distinguidas para solemnizar su inauguracion.

La isla no tiene otro paseo que una gran plaza cercada de árboles, que se llama la *Alameda*, situada en el centro de la calle Real; el camino de Cádiz y el del puente Zuazo no merecen el nombre de paseos, y sin embargo, son los únicos puntos donde tiene que dirigirse el que sale de su casa con ánimo de pasear; si se dirige por cualquiera otra parte fuera de la ciudad, las cortaduras de agua formadas para las salinas se interponen para cerrarle el paso. Aquellos montones de sal en forma de pirámides que rodean la isla, destacándose sobre el fondo verde de la campiña, y reflejando su blancura en las aguas de los riachuelos, ofre-

cen desde cualquiera de las azoteas del pueblo un pintoresco y alegre panorama.

Pero si faltan paseos en San Fernando, sobran establecimientos importantes que visitar. El observatorio astronómico, que lleva el nombre de la ciudad, es uno de los que mas honran á España, y la galantebondad de su actual director, el Sr. D. Saturnino Montcjo, nos facilitó la ocasion de admirarle.

Y antes de referir lo que en el observatorio vimos de notable, perdónese á nuestro amor propio la presuncion de creer que hacemos un verdadero servicio al orgullo nacional describiendo al público todo lo que ese establecimiento encierra. Nada mas frecuente en nuestro pais que ignorar completamente muchas cosas que debíamos saber de memoria. Se habla, por ejemplo, del grado de adelanto á que han llegado los observatorios astronómicos en Europa, y casi todos nos deshacemos en elogios de esos brillantes observatorios extranjeros, sin consagrar ni un recuerdo á lo que tenemos en la propia casa; pues si algun español recuerda rara vez, por haberlo leído en la portada del calendario, que en San Fernando hay un observatorio que es el que forma el almanaque civil para la península é islas adyacentes, como que esta es una dependencia del ministerio de marina, y la pobre marina española está tan abatida, desde luego presume que será un estable-

cimiento abandonado y pobre. Nada es, sin embargo, menos exacto que este cálculo. El observatorio astronómico de San Fernando se encuentra hoy en un estado de brillantez tan asombroso, atendida la decadencia de los tiempos que corren, que, á juicio de personas muy entendidas, solo hay uno que le esceda en Europa; el famoso de Greenwich. Y para que no se nos crea solo bajo nuestra palabra, entraremos en algunos pormenores.

A pocos pasos de la ciudad de San Fernando, y en la parte mas elevada de la isla gaditana, se halla situado el observatorio, que se compone de dos edificios, uno grande ú oriental, y otro pequeño ú occidental. La primera piedra de este establecimiento se colocó en 5 de octubre 1793, durante el reinado del Sr. D. Carlos IV, siendo ministro el baillío Valdés, y mediando las instancias del general D. José de Mazarredo, tan conocido en la historia de nuestra marina. El arquitecto que dirigió la obra, terminada en 1798, fue el ilustrado don Gaspar de Molina, marques de Ureña.

La planta del edificio grande ú oriental se estiende en cruz de E. O. ciento quince pies de Burgos, por ochenta y cinco de N. á S. La fachada principal mira al S., y su trozo saliente sobre gradas lleva un peristilo dórico de cuatro columnas exentas, que sostienen el sófrito acasetonado del pórtico, y el cornisamento que corona, circuyendo todo el primer cuerpo, que es de cuarenta y cinco pies de

altura sin banquillo. El friso está adornado de triglifos y pateras: las del avantcorps llevan en su centro las cifras de los planetas del sistema solar. La ordenacion es del *Barozzio*.

El ingreso es un arco con archivolta sobre imposta, y aletas jónicas en un recuadro entrante. La imposta del orden corre enrededor por bajo del balconaje del cuerpo principal, resaltando solo en sus mensolas sostenidas de mütulos.

El segundo cuerpo es un ático de diez y seis pies de altura, fajeado sobre los cuerpos salientes, terminado de imposta y banquillo, y sobre el salon del centro un tambor, rematando en un pararrayos con calasientos.

Resalta sobre el tambor un grupo de nubes, adornando la fachada una estatua de la astronomia, acompañada de dos genios, obra concienzuda de D. José Guerrero, académico supernumerario que fue de la real academia de San Fernando.

La escalera, que ocupa una porcion del ala occidental, conduce al piso principal, donde hay una biblioteca, una oficina para los calculadores, y un taller de relojeria é instrumentos. Este piso se eleva ciento catorce y medio pies de Búrgos sobre el nivel del mar.

En el último piso descansa sobre su pedestal, en el centro de un hermoso salon, el busto del célebre marino y astrónomo, el Sr. D. Jorge Juan.

Este salon contiene una buena coleccion de instrumentos magnéticos, y muchos cronómetros pertenecientes á la marina de guerra y mercante, que se comparan y arreglan con escrupulosa exactitud; siendo este servicio enteramente gratuito para el comercio, que envia ó recoge sus cronómetros cuando le conviene, encontrando siempre puntualidad, exactitud y toda clase de atenciones.

En una pieza contigua al salon se ven varios instrumentos, nuevos los mas y en perfecto estado de uso, como cuartos de círculo, telescopios, etc., conveniente y ordenadamente colocados á cubierto del polvo.

El edificio occidental tiene por planta un cuadrilátero de ciento treinta y dos pies de frente por treinta y dos de costado. Su arquitectura es lisa, ideal, de un solo cuerpo con ático sobre el ingreso. La parte del Norte es la habitacion del director. A la espalda y en la parte Oeste forma un cuerpo avanzado el salon de observaciones, que contiene los siguientes instrumentos:

- 1.º Un péndulo de compensacion de mercurio.
- 2.º Un anteojo meridiano de diez pies ingleses de longitud focal.
- 3.º Un círculo mural de seis pies ingleses de diámetro.
- 4.º Un gran nivel de aire para el anteojo meridiano.

Todos estos instrumentos, contruidos recien-

temente por el conocido artista inglés Mr. Tomás Jones, son excelentes y de un costo proporcionado á su mérito. Hay tambien varios barómetros y termómetros.

El anteojo meridiano está montado sobre dos pilares de sillería que proporcionan á este instrumento toda la estabilidad indispensable para la exactitud de las observaciones. Asimismo el círculo y el péndulo se apoyan sobre masas de piedra que descansan en sólidos cimientos.

El ala del S. del pequeño edificio contiene una biblioteca enriquecida con las mejores obras científicas. En el ángulo S. O. del mismo se levanta un torreón, en cuyo piso alto se ven dos buenos instrumentos; el uno es un péndulo, el otro una *equatorial* tambien de Jones, que, apoyada sobre un pilar aislado de las obras contiguas, está cubierta por una media naranja ó domo giratorio con un portalón de corredera para dejar campo á las observaciones.

El piso principal del torreón sirve para observar ocultaciones, eclipses y otros fenómenos astronómicos, siempre que la situación de los astros lo permite; hay para estas observaciones varios anteojos portátiles de Dollond, de excelentes propiedades.

En cuanto al orden interior y á los trabajos, como saben nuestros lectores, publicanse anualmente en el observatorio el almanaque náutico ó

efemérides astronómicas, obra indispensable á los navegantes, y el almanaque civil para la península é islas adyacentes, Cuba y Puerto-Rico. El almanaque náutico empezó á publicarse en 1792 en Cádiz, si bien posteriormente ha ido sufriendo mejoras y reformas sucesivas, señaladamente bajo la direccion del entendido y hábil astrónomo D. José Sanchez Cerquero, que durante mucho tiempo estuvo á la cabeza del observatorio. Tambien debe el observatorio á su ilustrado celo y á los no menos hábiles esfuerzos del Sr. D. Saturnino Montojo, actual director, la adquisicion de los escelentes instrumentos que hoy posee.

Las observaciones diarias son en el salon bajo, con el circulo mural y el anteojo meridiano, de dia y de noche, siempre que el tiempo lo permite. El objeto de estas observaciones diarias es la correccion y mejoramiento de las tablas astronómicas actualmente en uso, y la perfeccion consiguiente del almanaque náutico.

Los eclipses de sol y ocultaciones de estrellas por la luna se observan siempre que lo permite el estado del cielo con objeto de determinar las diferencias de longitud entre el observatorio y los demas puntos en que se notan los mismos fenómenos.

Todos estos y otros pormenores que nuestra memoria no ha podido retener, los oimos de los labios del Sr. Montojo, dignisimo director del ob-

servatorio, cuya reputacion de eminente astrónomo no es solo española, sino europea. Con la amabilidad mas estremada nos dió todas las esplicaciones que le pedimos, aclaró todas nuestras dudas y satisfizo cumplidamente nuestra natural curiosidad, ausiliándole en esta tarea enojosa el primer astrónomo, Sr. D. Francisco de Paula Marquez, jóven entendido, y cuyo elogio está hecho con decir que figura dignamente como segundo jefe en un establecimiento á cuyo frente está el señor Montojo.

Este bellissimo observatorio, esta importante oficina nacional, distínguese de todas, no solo en el órden que preside á sus operaciones y dependencias, sino en el cortísimo número de empleados que cuenta, atendida su vasta utilidad y sus constantes trabajos. La planta actual de empleados es obra del reglamento de 1831, espedido durante el ministerio del conde de Salazar, ministro que dispensó al establecimiento la proteccion mas decidida y generosa. En virtud de esta planta hay una *oficina de observaciones* y otra llamada *de calculadores*. La primera tiene un director, tres astrónomos y tres ayudantes de observaciones, y la segunda un primer calculador, dos segundos, dos terceros y tres meritorios, habiendo ademas dos instrumentarios ó relojeros, y un alcaide.

Este es el estado exterior, interior y de organizacion del observatorio astronómico de San Fer-

nando. Nada le falta de cuanto puede ser preciso para llenar cumplidamente su objeto: máquinas costosas, instrumentos magníficos contruidos según los últimos adelantos de las ciencias y de las artes, personas de las mas entendidas en la sublime ciencia de los astros, y un director que no necesita nuestro elogio, porque se llama D. Saturnino Montojo.

Digasen ahora si no es de lamentar esa ignorancia en que están la mayor parte de nuestros compatriotas acerca de las cosas de mérito que encierra España, y si no es de sentir ese desden injusto con que se miran entre nosotros establecimientos importantes que para gozar de un nombre europeo solo necesitan que les demos el valor que indisputablemente tienen.

VIII.

El arsenal de la Carraca.

Uno de los establecimientos que mas importancia dan á la ciudad de San Fernando, que mantienen en aquel departamento alguna vida y animacion, pálido reflejo de la vida y animacion antiguas, y que prestan algun aliento á la abatida industria de las calesas, tan lastimada desde la invencion de los vapores y la adopcion de las góndolas, es el renombrado arsenal de la Carraca, el mas vasto y grandioso, si no el mejor, de los que cuenta la marina de España.

La primera vez que le divisamos fue desde el vapor *Infanta*, bello y ligero buque que hace

la travesía de Cádiz á la isla en poco mas de cinco cuartos de hora. Al llegar al frente del arsenal casi siempre suspende el vapor el movimiento de sus ruedas para admitir en su seno ó dejar allí viajeros. Entre tanto que esto se verifica y se aproximan las lanchas, agobiadas generalmente por el peso de ocho ó diez oficiales de marina que aprovechan el dia que tienen libre de servicio para ir á Cádiz á solazarse ó pasar á la isla á ver á su familia, tiene sobrado tiempo el observador curioso para tender sus ojos sobre aquel vasto establecimiento de forma irregular, de estension grande, que mas que una dependencia marítima parece un pueblo con sus numerosos edificios de diversa especie y su poblacion de soldados, operarios de la maestranza y presidiarios. La situacion topográfica del arsenal, tan rara como pintoresca, no cautiva menos la atencion del que por primera vez lo observa. Rodeado en toda su circunferencia de cañones, parece un fuerte avanzado en medio de las aguas para defender la entrada de la isla por el puente Zuazo, y el silencio y la soledad que por todas partes le circundan le dan, visto desde afuera, un colorido imponente y majestuoso, cuyas tintas se desvanecen al penetrar en su centro entre el ruido de los talleres, el sonsonete de los grillos de los presidiarios, las canciones de los soldados, el movimiento de los marinos y las voces de los guardias del arsenal.

La impresion agradable que produjo en nuestro ánimo la perspectiva que ofrecia el arsenal desde la cubierta del vapor *Infanta*, avivó en alto grado el deseo que ya teniamos de visitar este establecimiento importante, y á la mañana siguiente muy temprano nos dirigimos desde San Fernando al arsenal por el campo llamado de San Carlos, en una calesa que partia el viento. Pocos momentos despues salvamos en uno de los pontones las dos orillas del caño, y penetramos en el arsenal por la puerta del Norte.

Un jóven ilustrado y apreciable, aventajado alumno de la escuela especial de ingenieros navales, nos esperaba bondadoso en la puerta del arsenal para servirnos de *cicerone*, y desempeñó su mision tan generosa y cumplidamente, que, gracias á las esplicaciones que nos dió y al recuerdo de lo que vimos, hemos podido formar los siguientes apuntes, que si bien incompletos y descarnados, bastan para hacer formar á nuestros lectores una idea de lo que fue un dia y de lo que aun es hoy el famoso arsenal de la Carraca.

Sobre la época de su fundacion nada podemos decir con seguridad: generalmente se cree que data del año 1717, época del ministerio Alberoni. En lo que no cabe duda es en que el plano fue trazado por el célebre Patiño. Ya hemos dicho que la figura del arsenal es altamente irregular, y que está rodeado de varios caños; á saber: el de la Carraca,

que le da nombre, el de las Culebras, el de las Naves, el de la Machina y el de la Cruz. Tiene solo dos entradas, una por la parte del S. O., llamada Puerta de Tierra, y la otra por el N., titulada de Mar ó de San Fernando. La primera se construyó el año de 1796, y la segunda al edificarse el arsenal.

Al penetrar en este tropieza el observador con la dificultad de no saber por dónde dar principio á la satisfaccion de su curiosidad. El arsenal de la Carraca, como ya hemos dicho, es un pueblo, con sus calles y sus plazas, con su poblacion correspondiente y sus edificios; para examinar detenidamente todo lo que encierra de notable, no basta un dia ni dos; es necesario una semana. Y como esa dificultad con que tropieza el que observa se reproduce para el que describe, nos parece lo mejor, puesto que las obras de que se compone el arsenal son de dos clases, civiles é hidráulicas, hacer para mayor claridad una subdivision de ellas, empezando por la descripcion de las primeras.

Ochenta y nueve son los edificios destinados para las oficinas y habitaciones de los empleados. La mayor parte de estos edificios se encuentran en un estado regular, á favor de las continuas recomposiciones de que son objeto; pero otros reclaman con urgencia una reparacion fundamental. En el número de los primeros debemos contar el que se conoce con el nombre de *pabellon de guardias ma-*

rinas, el cual está dividido en dos departamentos; el de la derecha es el local destinado para la *escuela de ingenieros navales*, y el de la izquierda sirve de alojamiento para los jefes, oficiales y guardias marinas desembarcados. Frente al *pabellon* está el parque de artillería, con sus correspondientes oficinas. En el ángulo que mira hácia el O. se encuentra la batería de San Ramon.

En la parte del N. E. se halla situada la casa ó presidio de las cuatro torres. La separa del arsenal el caño de las Naves y se comunica con él por un puente de madera llamado del Presidio, que es de bastante solidez. Hay además dos cuarteles, uno de la marinería desembarcada y otro para los guardias del arsenal, y ambos se distinguen por su anchura, comodidad y ventilacion.

De la iglesia parroquial nada podemos decir, porque estaba cerrada. Su construccion data de 1789. Tres años despues, en 1792, y reinando Carlos IV, se construyó el almacén general, edificio de gran capacidad que visitamos luego y que se halla surtido de cuanto puede necesitar un buque para darse á la vela. Por este almacén se pasa á la sala de armas, hermosa é inmensa sala, donde la simetría con que están colocadas las armas blancas y de fuego, unida á su forma especial, le darian las apariencias de un templo, si fuera posible en este siglo culto erigir altares á una deidad tan cruel y despiadada como la guerra. Allí se ven, al lado de los

fusiles de piedra y de piston, trabucos, mosquetes, espadas, sables, dagas, lanzas, chuzos, picas y cuantos instrumentos de muerte hace necesarios un abordaje.

Pasemos á decir algo de los obradores.

Estos son en número de trece, denominados de maquinaria, de bombas, de arboladura, de farolería, de cerrajería, de herrería, de tornero, de embarcaciones menores, de cureñas, de recorrida, de lo blanco, de velas, de instrumentos náuticos.

En los diez y seis suntuosos edificios, nombrados *naves de arboladura*, destruidos en la guerra de la independendia, están contruidos desde el año de 1847 al 1848 los obradores de maquinaria, de bombas y de arboladura: son espaciosos y muy claros, de forma rectangular y de iguales dimensiones; tienen de largo doscientos treinta y nueve pies y medio de Búrgos, y cuarenta y cinco y tres cuartos de ancho.

En el de maquinaria por ahora solo se hacen piezas para la recomposicion de las máquinas.

En el de bombas, además de hacerse bombas y baldés de cuero, se efectuan toda clase de piezas de fundicion.

En el de arboladura, además de toda clase de arboladura, se hacen tambien cabrestantes.

En el ángulo del E. de dichas naves se ha contruido la nueva sala de galivos, tan espaciosa como los anteriores obradores, y de las mismas dimen-

siones. Su piso es de entarimado, y perfectamente horizontal; las tablas que los forman están dadas de negro y muy bien unidas, con objeto de que, al tirar los planos de los buques, salgan las líneas claras y continuas.

Los obradores que siguen se construyeron cuando el arsenal, habiendo sufrido continuas reparaciones, á favor de las cuales se mantienen en un mediano estado.

Obrador de farolería. Forma rectangular. Dimensiones, sesenta y tres pies de largo, veinte y siete de ancho. Se hacen faroles, lamparillas, velones, etc.

Obrador de cerrajería. Forma rectangular. Dimensiones, ochenta y cuatro pies de largo, catorce de ancho. Se hacen visagras, barrenas, cerraduras, etc.

Obrador de tornero. Forma rectangular. Dimensiones, longitud sesenta y tres pies, cuarenta y ocho y medio de ancho. Se construyen cuadernales, cabillas, bigotas y motones.

Obrador de herrería. Forma rectangular. Dimensiones, largo ciento diez y siete pies, ancho cincuenta y cuatro pulgadas. Se hacen toda clase de herrajes para la arboladura y casco del buque, como tambien el de las embarcaciones menores.

Obrador de recorrida. Forma rectangular. Dimensiones, trescientos pies de largo, treinta y

nueve ancho. En este obrador se preparan las jarcías para los buques.

Obrador de lo blanco. Forma rectangular. Dimensiones, doscientos cincuenta y ocho pies de largo, cuarenta y cinco de ancho. Se hacen los adornos de la parte exterior é interior del buque, y sus muebles.

Obrador de velas. Forma rectangular. Dimensiones, trescientos quince pies de largo, veinte y siete y medio de ancho. Se hacen toda clase de velas, y tambien cois.

Obrador de instrumentos náuticos. Forma rectangular. Dimensiones, veinte pies de largo, siete de ancho. Se hacen y componen sestantes, agujas, anteojos y toda clase de instrumentos náuticos.

Obrador de embarcaciones menores. Forma rectangular. Dimensiones, doscientos ochenta y ocho pies de largo, siete de ancho. Se construyen toda clase de falúas, canoas, botes y lanchas.

Obrador de cureñas. Forma rectangular, dimensiones, doscientos cincuenta y cinco pies de largo, por cuarenta y cinco de ancho. Además de construirse toda clase de cureñas, se hacen carros para el servicio del arsenal.

Dejando ya las obras civiles, nos ocuparemos rápidamente de las hidráulicas. Entre estas figuran las gradas de construcción, las fosas y diques de conservación de perchas y los diques de carena. Las gradas son nueve; pero tan solo hay dos habi-

litadas, y en una de las cuales se ha construido recientemente el bergantin *Valdés*. Las fosas y el dique de conservacion se encuentran en regular estado, si bien necesitan alguna reparacion. Mucho mejor es el de los tres diques de carena. En medio de los dos mayores se construyó en 1786 la casa de bombas, donde hay dos muy buenas que sirven para desaguar los diques despues que salen de ellos los buques. Estos diques son de la misma forma que los buques. Los dos mayores, iguales en dimensiones, tienen doscientos treinta y cinco pies y diez pulgadas de largo ó de eslora, sesenta pies y medio de manga ó ancho en su entrada, y treinta y dos pies de puntal ó altura. El menor tiene doscientos dos pies y medio de largo, cincuenta y cinco pies cuatro pulgadas de ancho en su entrada, y veinte y siete de altura. La construccion de estos diques comenzó en 1777, bajo la direccion del ingeniero D. Julian Baur, y habiendo muerto este antes de concluirlos, fueron continuados por el brigadier D. Tomás Muñoz, mas tarde ingeniero general. El arsenal tiene para su defensa cuatro baterías, tres de ellas en estado de poder recibir artillería, y la otra inútil en su pavimento.

Este vastísimo arsenal, orgullo un dia de España y honor de la marina, no cuenta hoy en sus diques muchas construcciones, ni en sus talleres numerosa maestranza. Víctima tambien de las escaseces del erario, no puede emprender nuevas

obras, y muchas veces tiene que paralizar las comenzadas, porque la falta absoluta de recursos obliga á disminuir cada semana el número de los operarios, dando ocasion á mas de un disgusto á los dignos jefes de los departamentos, que en la lucha entre su deber como agente del gobierno y la imposibilidad de mantener los arsenales en movimiento sin recursos, sucumben casi siempre y se retiran desalentados á la vida privada; como ha sucedido recientemente al dignisimo capitán general del departamento de Cádiz, D. José Primo de Rivera. Pero este periodo de escasez y de apuro no se prolongará por mucho tiempo. El gobierno y las cortes comprenden toda la importancia de la marina, é indudablemente en los presupuestos próximos á discutirse considerarán como una atención preferente las cantidades necesarias para mantener en constante actividad nuestros arsenales.

Terminaremos este capítulo mencionando las obras mas principales del arsenal cuando lo visitamos á últimos de setiembre de este año. Estaba ya entonces muy adelantada la construcción del bergantin *Valdés*, hermoso buque de diez y ocho cañones. Se principió en el mes de abril de este año, y se ha botado al agua el 15 del mes actual.

Se estaban haciendo los planos para proceder á la construcción de una fragata de cincuenta cañones.

El navio *Soberano*, único que tenemos en nuestra marina, estaba descargando la artillería para entrar en dique á recomponer los fondos. Y por último, en el caño de la Machina estaba aparejándose la fragata *Esperanza*, y se ponian los tubos de las calderas al vapor *Blasco de Garay*.

IX.

Chiclana.—Los Puertos.—El teatro de Cádiz.—La plaza de toros.—El Casino.

HUBO un tiempo, no muy remoto, en que Chiclana era el pueblo favorecido por las familias acomodadas de Andalucía para pasar los rigurosos días del sol canicular: su situación alegre y despejada, sus vastísimas huertas, sus bellos y frondosos jardines, le hacían tan apropósito para la estación de verano, que rara era la familia de los contornos que, por mediana que fuese su fortuna, no tuviese allí su casita de campo. Otra circunstancia importante aumentaba la concurrencia á este lindo pueblo, patria de Montes y del famoso Chi-

clanero : tal es la de sus baños minerales y la de ese agua de la *Fuente amarga*, de que cuenta la tradicion tan innumerables prodigios.

Pero como todo está sujeto al imperio de la moda, en la frívola sociedad de nuestros días, Chiclana es hoy un poder caído, un idolo destronado, y los Puertos, esto es, Puerto Real y el Puerto de Santa María, han recogido en herencia á los ingratos huéspedes que en años anteriores veraneaban en aquel pueblo. Como natural consecuencia de este golpe de la ciega fortuna, Chiclana ha decaído notablemente en belleza y en importancia; y á la fisonomía alegre y bulliciosa con que antes se distinguía, ha sucedido una triste y monotoná tranquilidad, que aleja pronto de su seno á los forasteros que van allí en busca de goces mas ruidosos.

Un día solo pasamos en Chiclana, y nos pareció un siglo. Recorrimos el pueblo y cuanto encierra de notable, y de esto último nada nos lo pareció tanto, ni nos embelesó mas que la linda posesion, las espaciosas huertas y amenos jardines del señor Ruiz Tagle, rico capitalista de Cádiz.

El plazo de los dos meses estaba próximo á espirar, y rápidamente, y sin tiempo apenas para observar lo que teníamos delante de los ojos, hicimos una visita á Puerto-Real, pueblo risueño por su frondosa campiña y su posición pintoresca á la orilla del mar, por algunas partes aun no con-

cluido y con ruinas que revelan elocuentemente los estragos de la guerra de 1808; volvimos al Puerto de Santa Maria, en cuya bella plaza de toros asistimos á una corrida dada por aficionados en loor de SS. AA., en la cual el Sr. Alvareda, jóven de una de las familias mas distinguidas del Puerto, se colocó como espada á una gran altura; por la noche, en el lindo teatro oimos la *Norma*, cantada por la Villó y por Carrion, y tuvimos el gusto de ver en un palco bajo el espresivo semblante del misterioso autor de *Elia* y de la *Gaviota*.

Pocos dias despues hicieron los príncipes una visita á Cádiz, y recobró este pueblo galante toda la vida y animacion de sus mejores tiempos. La bella casa de ayuntamiento, que se destinó para el alojamiento de SS. AA., se convirtió en pocas horas en un palacio amueblado y adornado con todo el lujo de una estancia real, y con el buen gusto peculiar de los gaditanos. Las funciones de teatro que se dieron en el Principal para festejar á los príncipes, fueron brillantes, consistiendo su brillantez, mas que en la perfeccion del espectáculo, en el aspecto verdaderamente magnifico que presentaba el espacioso coliseo, ostentando en sus palcos, ricamente vestidas de etiqueta y prendidas con suma elegancia, mas de doscientas señoras de las mas distinguidas por su posicion y por su belleza. Es ciertamente encantador el aspecto del teatro de Cádiz en noches solemnes;

aun las personas habituadas á la brillantez de los teatros de Madrid, del Circo de la plaza del Rey en sus buenos tiempos, y del Teatro español en los presentes, encuentran en aquel coliseo algo de nuevo y de agradable, que admira y seduce. Las niñas solteras están en mayoría en aquellos vistosos palcos de platea y principales, donde por lo bajo y saliente de su antepecho lucen las señoras todo su traje; las mamás forman por lo regular en segunda fila; en primer término solo ve el espectador curioso niñas radiantes de juventud y de hermosura, tiernos capullos, que, hermosos como son, aun no han desarrollado todos sus encantos, y que parecen allí espuestos por la orgullosa ciudad para recreo y asombro de los forasteros.

Las fiestas de toros no fueron menos animadas. La plaza de toros de Cádiz, cuyos muros baten las olas del mar, es tan linda como la del Puerto. Las banderas de diversos colores con que la adornan y que acaricia suavemente el viento; la distribución interior de sus localidades; el largo y corrido balcón que allí sustituye á los palcos, y sobre todo el precioso y despejado palco real, construido para aquella solemnidad espresamente, unido todo á un pueblo inmenso, que, hijo del país donde estas fiestas han nacido, se entusiasma y enloquece con ellas; todo esto, decimos, forma un conjunto tan agradable y tan fascinador, que hasta

las personas menos aficionadas á esta clase de espectáculos, experimentan presenciándole un indecible gozo.

Estas corridas con que festejó Cádiz á sus príncipes fueron alegres y bulliciosas. La augusta princesa presidió la plaza con una gracia y una inteligencia dignas de admiracion, arrebatando de entusiasmo á los gaditanos desde que se presentó en el palco real con su blanca mantilla española y su rosa en la cabeza, acompañada de su esposo y de la tierna infanta, que forma las delicias de ambos. El duque de Montpensier, cuya afición á las tauromáquicas fiestas raya en delirio, contemplaba estasiado todas las suertes, y seguía con los ojos todos los movimientos de la fiera y de los lidiadores. Cuando algun rasgo de valor de un torero, ó algun lance de peligroso apuro de los que abundan en estas fiestas hacia estallar el popular aplauso, el jóven duque era el primero á dar la señal, y aplaudia con férvido entusiasmo, secundándole en esta bondadosa muestra de gozo la tierna y hermosa infantita, que al batir graciosamente una con otra las palmas de sus manos, arrancaba del inmenso pueblo que llenaba la plaza nueva salva de vítores y aplausos.

Breve fue la estancia de SS. AA. en Cádiz; tres dias despues de estas funciones, el vapor *Relámpago*, lujosamente adornado, movia ufano sus grandes ruedas en direccion al Puerto de Santa

María, adonde tuvo la envidiable honra de conducir á los augustos principes.

Tambien para nosotros iba á sonar pronto la hora de abandonar aquella ciudad simpática; pero no podíamos hacerlo sin visitar sus establecimientos de beneficencia y su famosa fábrica de tejidos; los primeros nos cautivaron por su acertada distribución, por el orden que en ellos reina, por la limpieza y buen porte de los acogidos, y por los progresos que hacen estos en los ramos mas importantes de la enseñanza y en las artes y oficios de mayor utilidad. La fábrica compite, si no escede, con las mejores de Cataluña, así en lo vasto de su edificio como en lo brillante de sus máquinas, en lo numeroso de sus operarios de ambos sexos, y sobre todo en la perfeccion de sus productos. Sentimos sinceramente que razones que respetamos mucho, y que su director nos manifestó, nos priven del placer de entrar en algunos pormenores y presentar datos estadísticos curiosos sobre la situacion y porvenir de esta gran fábrica que honra á Cádiz, satisface el consumo de Andalucía y de las provincias limitrofes, y proporciona el sustento á innumerables familias.

Hay en esta ciudad, de que nos vamos muy pronto á despedir, un establecimiento de recreo, tan notable por su suntuosidad y por su belleza, que de propósito no hemos querido decir de él nada hasta ahora, para que nuestros lectores conserven mas

fresca la impresion que nos causó la primera vez que le visitamos. Aludimos al *Casino* de Cádiz.

En la plaza de San Antonio, y en una hermosa casa, propiedad del señor marques del Pedroso, se halla establecido este *Casino*, que por la regia riqueza y buen gusto de sus adornos es el encanto de nacionales y extranjeros. El forastero que por las pocas horas que permanece en la ciudad y por su falta de relaciones no tiene ocasion de contemplar por dentro algunas de sus principales casas, visitando el *Casino* puede formar una idea del gusto, de la elegancia y del primor con que saben los gacelinatos adornar sus habitaciones. En 1845 se inauguró el *Casino*, en cuya obra y adornos se invirtió la suma de doce mil pesos, y este año de 1849 se han gastado once mil pesos mas al trasladarlo á la plaza de San Antonio. Estas sumas se han realizado por suscripcion entre los socios, en cuyo número figuran todos los hombres distinguidos y de buena posicion que hay en Cádiz.

El local, como hemos dicho ya, es grandioso; sirvele de entrada un magnífico patio, que es salon de juego en las noches de verano, y en medio del cual hay una hermosa fuente de mármol, cuyos surtidores le dan el colorido de un jardin y aumentan la frescura de la atmósfera. Elegantes columnas, tambien de mármol, y algunas estatuas académicas, forman la galería que se estiende por sus cuatro ángulos. Las paredes del patio se hallan ves-

tidas de papel de China, con figuras, pájaros y flores de colores vivos.

Una preciosa escalera de mármol conduce á las salas del piso entresuelo y á los corredores del principal. Estos últimos están pintados de barniz de un verde bajo y adornados con doce cuadros al óleo, que representan vistas del Guadalquivir y escenas andaluzas, obra de un artista sevillano. Los salones están ricamente adornados; colgaduras de raso templan la luz que penetra por los balcones; las paredes cubiertas de papel francés y algunas de seda; espejos colosales; lámparas magníficas; sillones de terciopelo; relojes del mayor gusto: hé aquí lo que se ofrece en conjunto á las curiosas miradas del observador. El gabinete de lectura es, como se dice ahora, verdaderamente comfortable; tres grandes mesas, donde se encuentran todos los periódicos y revistas que ven la luz en el mundo, provocan allí hasta rendirle al hombre mas aficionado á la lectura, y cómodas butacas estimulan al más indiferente por la política á hojearlos, si quiera sea rápidamente.

Los salones del billar y los del entresuelo, destinados al tresillo y otros juegos, están tambien amueblados con comódidad y gusto.

En una palabra, el *Casino* de Cádiz, por su lujo verdaderamente oriental, por la distraccion y comodidades que presta á sus socios, y por la distinguida sociedad que en él se reune, nada tiene que

envidiar á los mejores de su clase que puede contar una capital de primer orden. El señor conde de Casa-Brunet es hoy su presidente, y pocas personas pueden ser mas á propósito para desempeñar este cargo; fino y galante, en él se refleja toda la galanteria de la sociedad que preside, y en su nombre abre hospitalario las puertas del *Casino* á todos los forasteros que juzga dignos de esta honra.

En el próximo capítulo diremos algo de ese magnífico templo, que casi maravillosamente han levantado en Cádiz el celo santo de un prelado y el fervor cristiano de un pueblo; de esa hermosa basilica, la mas moderna de España; de esa catedral, en fin, construída en medio de los apuros de esta época, fecunda solo en obras pequeñas, por el entusiasmo religioso de una ciudad, de la cual ha dicho con razon un poeta:

«Sus grandes desgracias avivan su celo,
olvida sus males pensando en su Dios,
y si ya por rica no brilla en el mundo,
brilla por el templo que le consagró.»

X.

El obispo de Cádiz.—Construcción de la Catedral.

ANTES de penetrar bajo las espaciosas naves de la catedral de Cádiz, de ese bellissimo y magestuoso templo levantado en esta época de apuros y de pequeñez por la fé de un pueblo entero, avivada por la virtud y el ejemplo de su pastor, á fuer de narradores verídicos, no podemos pasar por alto un sentimiento que domina en Cádiz, que está encarnado así en las clases elevadas como en las clases medias, sentimiento verdaderamente popular que se apodera al nacer del corazón del niño, y no se desprende hasta que muere del alma del anciano.

:

Ese sentimiento popular, universal, unísono, es un sentimiento de amor y de cariño, y ese amor respetuoso y ese cariño tierno le tienen los gaditanos todos á su dignísimo obispo el Excmo. Sr. D. Fr. Domingo de Silos Moreno. No es posible que haya un pastor mas querido de su rebaño; nunca se pronuncia su nombre sin veneracion; jamás se recuerdan sus acciones sin lágrimas de gratitud; siempre se habla del virtuoso prelado con entusiasmo y con orgullo. Verdadero padre de aquella poblacion cristiana y morigerada, solo vive para sus hijos, para los pobres, para su catedral en fin. Ver esta completamente terminada, es hoy todo su afan; á este objeto consagra sus desvelos y dedica todas sus rentas, que su vida sóbria y modesta le permite aplicar casi íntegras á su obra favorita. En su palacio no se encuentra un mueble no ya de lujo, pero ni de comodidad siquiera, que mero administrador de los bienes de los pobres, como él se llama, el santo prelado solo cree poder aplicarlos al socorro de los necesitados, y á la honra y gloria de Dios en el grandioso templo que le ha erigido.

A este cariño de un pueblo entero corresponde el dignísimo obispo de Cádiz con todo su corazon. Ya mas de una vez ha renunciado el arzobispado, y está resuelto á renunciarlo todo por no separarse de su pueblo amado. El capelo, la tiara misma que se le ofrezcan, los rehusa si ha de obtenerlos á costa del sacrificio, para él imposible, de abandonar á su

Cádiz. Esta resolución del venerable prelado la saben y la conocen allí todos, y de ahí que cada día sea mayor el mútuo cariño con que se pagan el pastor y las ovejas.

Nada mas civilizador ni mas sublime por cierto que la mision santa del sacerdocio, cuando se ejerce de la manera que lo hace en Cádiz el Excmo. señor D. Fr. Domingo de Silos Moreno; cuando los principes de la Iglesia comprenden así su mision en este mundo, su ejemplo santo no solo es fecundo en bienes sin cuento de moralidad y de virtud, sino que avivando el celo y el fervor religioso de los creyentes mas tibios, produce hasta maravillas. Maravillas, decimos, porque maravilla es y muy grande edificar un templo á Dios tan digno como es posible con los débiles medios de que la humanidad dispone, sin mas recurso que el de la caridad, sin mas fondos que las limosnas, sin mas elementos que una voluntad firme y decidida.

A esta voluntad de hierro, á esta cristiana é infatigable perseverancia de su virtuoso obispo, debe Cádiz el templo que muestra con orgullo á los extranjeros. Sin una resolución tan perseverante, no hubiera sido posible ni pensar siquiera en acometer tan atrevida empresa en una época de las mas aciagas para Cádiz por la espantosa decadencia de su comercio y la emigracion numerosa de sus capitales. Pero la fé, que lo puede todo, que allana las dificultades y vence los obstáculos; la fé, que

es la base de la religion cristiana, sin mas auxilio que el que le prestáran sus dos hermanas, la esperanza y la caridad, ha levantado ese templo hermoso que descubren los viajeros á larga distancia, y cuyas enormes moles se presentan en el horizonte como bañadas por el mar.

Desde el año 1716 en que por el señor maestraescuela don Juan de Zuloaga, se suscitó la idea de si convendria edificar una nueva iglesia en consideracion al estado de deterioro en que se hallaba la antigua, empezaron en Cádiz los proyectos y los trabajos para la construccion de este gran templo. Comenzóse esta, viéndose á cada paso interrumpida por las continuas vicisitudes y guerras que sobrevinieron á la nacion desde aquella época. En vano el comercio contribuyó con sus caudales á la prosecucion de la fábrica; la dura ley de la necesidad obligaba con harta frecuencia á suspender por años enteros los comenzados trabajos; y en tanto, la inmediacion del mar, las repetidas lluvias y los recios vientos, que sin oposicion ejercian su influjo sobre la fábrica, por no haber quedado cerrada la nave mayor con su cúpula, ni el trascoro con la bóveda, hacian sentir cada vez mas sus terribles efectos, debilitando la solidez de la obra y destruyendo las riquezas considerables que en mármoles y otras materias preciosas contenia. En una palabra, corria el año de 1852, y el hermoso templo estaba abandonado; su nave mayor servia pa-

ra hacer cordeles, sus capillas estaban convertidas en almacenes de madera. En tal situacion ocurrió una catástrofe que fué para el templo el origen de su fortuna. El 6 de enero del año que acabamos de citar, prendióse fuego á la madera que se guardaba en la capilla de San Firmo, y fué tan voraz el incendio, que la consumió en pocas horas, calcinando todos los adornos tallados en mármol de los capiteles de sus columnas, entablamento y bóveda, que eran de singularísimo mérito. El solícito obispo, á quien reservaba el cielo la gloria de concluir el templo, corrió presuroso á reconocer los estragos hechos por las llamas devoradoras. Gobernaba entonces la plaza de Cádiz el general don José Manso, y como acompañase al ilustre prelado en esta visita de inspeccion, condolidos ambos, el sacerdote y el guerrero, de que se perdiesen sin fruto para Cádiz tantos caudales y tan costosos sacrificios, sintiéronse impulsados á la vez de un pensamiento grande y generoso, del pensamiento de concluir á todo trance el comenzado templo.

Tocado desde entonces por la mano de Dios el corazon del prelado, acometió con cristiano ardor la árdua empresa sin otros elementos que los cortísimos ahorros de las no pingües rentas de su mitra; nombró director de la obra al arquitecto don Juan Daura; reunió fondos, escitó la caridad de las corporaciones, el celo de los fieles, la proteccion del gobierno, y siguiendo la obra sin interrupcion y con

perseverancia, tuvo el venerable pastor la satisfaccion de ver colmado su deseo el 28 de noviembre de 1838, en que con toda solemnidad consagró el nuevo templo y celebró en él la primera misa. Grande fué aquel dia para Cádiz; él formará siempre una de las mas bellas páginas de su historia, página no manchada por la sangre de los combates políticos y de la guerra civil, y solo empapada por las lágrimas de alegría de un pueblo, que al respirar libremente en los espaciosos ámbitos de su nueva Basílica, recogia con creces el fruto de su generosidad y de sus sacrificios.

Antes de entrar en el templo hemos creido necesario remontarnos á estos pormenores para que se comprenda mejor lo maravilloso de su construccion, y para tributar al prelado ilustre que la promovió con tan santa sollicitud el homenaje de justicia que le es debido.

XI.

La Catedral de Cádiz.

Naturalmente escitada la admiracion de nuestros lectores con la rápida relacion que les hemos hecho acerca de los recursos casi maravillosos con que levantó la religiosa ciudad de Cádiz su magnífico templo, debemos satisfacer su justa curiosidad, consignando aquí las cifras de los caudales, reunidos por la caridad, que se han invertido en la construccion de la catedral. De un estado demostrativo que tenemos á la vista, resulta que desde 1722 á 1769, primera época de la obra, las su-

mas recaudadas y que se emplearon en ella ascienden á 24.829,796 rs. En la segunda época que comienza en 1852 y concluye en 1858, se reunió y gastó la suma de 1.728,648 rs., y por último, en la tercera época que comprende las obras ejecutadas despues de la consagracion del templo, como la construccion de la sacristía mayor y otras hasta 1843, que es la fecha de dicha cuenta, se invirtieron 425,789. Sumadas todas estas partidas, resulta que la cantidad invertida en la construccion de la catedral de Cádiz asciende á un total de 26.984,233 reales; suma verdaderamente maravillosa, si se atiende á que la formaron lentamente los donativos, las limosnas, los legados y los arbitrios piadosos, que en el espacio de poco mas de un siglo fueron aglomerando los hijos de aquella ciudad.

Pero ya es tiempo de poner punto á tantos preliminares y decir algo del templo artisticamente considerado.

La catedral de Cádiz está situada al Mediodia de la ciudad, en el cuartel de Santa Cruz, barrio titulado de las Escuelas. Su direccion longitudinal es de Norte á Sud. La fachada principal que dá frente al Norte, cautiva desde luego la atencion del observador por el rico y atrevido cascaron, construido de piedra blanca de Estepa con que termina su centro. Los bien entendidos cortes de cantería, ingeniosamente dispuestos para avanzar lo que exige lo cóncavo de su superficie, hasta encontrar en su

parte superior el plomo de la fachada, realzan no poco la hermosura de esta, cuyo ornato reducido á casetones y guirnaldas, y en los intermedios graciosas fajas y molduras, es rico y de buen gusto. Esta fachada tiene tres puertas que corresponden á igual número de naves, y en cada ángulo una torre, cuyos cimientos se profundizan hasta el mar, bañándolos seis pies de agua. Estas torres construidas de las piedras mejores que pudieran sacarse de las canteras, tienen una figura octógona, con cuatro lados opuestos en líneas rectas, y los restantes formando arcos de círculo, midiendo cada torre 48 pies geométricos de diámetro. Su altura es 207 pies. Una zapata de jaspe de doce pies de altura que abraza las torres y se estiende por toda la fábrica rodea la fachada, cuyas pilastras corresponden al orden jónico. El adorno de la puerta principal consta de dos cuerpos de cuatro columnas del gusto romano, y en unos pedestales que se elevan sobre las cornisas del primer cuerpo están las imágenes de mármol de los patronos de Cádiz, San Servando y San German. El todo de la portada construida de jaspes de Manilba y arcos, mide 75 pies de elevacion, y para que se pueda formar una idea de la solidez y volúmen de las columnas mayores, haremos notar que despues de estraidas de las canteras estuvieron detenidas catorce años en la playa de Algeciras hasta que se hizo el muelle, siendo preciso construir un buque á propósito para conducir las á Cádiz.

Las otras dos puertas están adornadas de mármol de Málaga.

Examinada rápidamente la fachada, penetramos en el interior del templo. Consta este de tres naves de catorce pilares, seis desde los pies hasta el crucero, y ocho que rodean el presbiterio. La nave principal tiene 505 pies de longitud y 48 $\frac{1}{2}$ de latitud, y las laterales que miden 27 $\frac{1}{2}$ de ancho van en direccion recta hasta la linea diametral del presbiterio en que se convierten en lados del poligono que lo rodea. El crucero tiene en su mayor medida 188 pies geométricos, sus extremos son curvilíneos divididos en tres porciones. Los pilares son de tres especies; los cuatro primeros en que se apoya el coro se componen de unos macizos cilindricos de siete pies de diámetro, á los cuales se unen cuatro columnas de uno y medio de rádio. Los otros dos en la direccion diagonal del centro del crucero tienen macizos como los anteriores, pero con seis columnas del órden corintio; y los opuestos que dan frente al crucero por la parte del presbiterio tienen mayores dimensiones. Cada uno de estos pilares tiene seis columnas. Dentro de ellos hay paso á los púlpitos de la Epistola y Evangelio. Sobre estos cuatro pilares, que en su mitad superior forman parte del cuerpo ático, se elevan los arcos torales, el cuerpo de luces y la cúpula, cuya mayor altura está á 189 pies del pavimento del templo. Los seis pilares restantes son

de forma triangular y tienen tres columnas; las que dan á la parte de adentro son istriadas, del jaspe mas rico de Tortosa, color de sangre con manchas de oro; su basamento del encarnado de Málaga con vetas blancas y manchas amarillas, y los capiteles de mármol de las canteras de Mijas.

La iglesia tiene en su parte superior diez capillas y cuatro en la inferior.

El coro ocupa el ámbito cerrado por los cuatro primeros pilares; consta, ademas del trono del obispo, de treinta asientos altos para los capitulares y diez y ocho para los capellanes; todo es de caoba oscura, del gusto plateresco. La parte exterior del coro es un cuerpo arquitectónico del orden dórico, construido de piedra blanca de Mahon, y falta solo para terminarlo una reja que lo cierre por delante.

Por una escalinata de cinco gradas de mármol rojo que se estiende en linea recta de un lado á otro de los pilares del arco toral, se sube al presbiterio ó capilla mayor. Su figura es circular, y tiene de diámetro 65 pies. Ocho pilares marcan sus limites. El altar, que no está situado enteramente en el centro del presbiterio, es de buenos mármoles y bastante espacioso, teniendo en su parte posterior dos gradas en que se colocan el crucifijo y los candeleros. Detrás del altar se vé un basamento de figura cilíndrica, fingiendo mármoles, sobre el cual se eleva un pedestal que sostiene una cruz de colosales dimensiones, y delante está el

trono en que se manifiesta á su Divina Magestad.

Una cosa llama mucho la atencion al visitar las iglesias de Cádiz, tal es el primor y el lujo de los manteles de altar. Entre los diferentes de gusto y riqueza que cuenta la catedral, merece particular mencion el magnífico hecho de rica holanda y bordado primorosamente de oro con adornos de espigas y uvas, regalo de unas señoras, donde campean oportunamente distribuidos el escudo de la catedral y los santos patronos de la ciudad.

El presbiterio es sin disputa el trozo mas hermoso y rico de esta iglesia, y quizá de las de España; en ninguna puede el pueblo colocarse á su alrededor con tanta comodidad, ni se celebran las sagradas ceremonias de la Semana Santa y demas festividades con igual amplitud, grandiosidad y decoro. Su pavimento está perfectamente enlosado con piezas triangulares de mármol formando un agradable mosaico.

Debemos ahora al recorrer rápidamente las capillas hacer una minuciosa aunque ligera reseña de los cuadros y esculturas que contienen, en cuya tarea han servido de gran auxilio á nuestra memoria las noticias que nos da el Sr. D. Javier de Urrutia, en su bella *descripcion histórico-artística de la catedral de Cádiz*.

Rodeando el presbiterio por el lado del Evangelio se encuentra á la derecha una de las capillas semicirculares dedicada á San Servando, patrono de

Cádiz, escultura de mérito ejecutada por la célebre artista doña Luisa Roldan, que floreció á fines del siglo 17. Esta imágen con la de San German son muy veneradas del pueblo gaditano; y el Excelentísimo ayuntamiento que las costeó, para tenerlas con el decoro debido, ha hecho ya un retablo de mármol de arregladas proporciones, en la capilla de que se trata, trazado y dirigido por el arquitecto de la ciudad don Juan de la Vega.

A continuacion se halla la capilla de San Benito que pertenece á las grandes. El cuadro que representa al santo, lo pintó en Madrid con escaso mérito el profesor don Carlos Blanco en 1838: y así este, como la mesa de altar y tabla de luces con todos los demas accesorios de la capilla, inclusa su reja, ha sido costeado por el señor obispo. Encima de este cuadro hay otro apaisado de la entrevista del santo con su hermana Santa Escolástica, ejecutado por el señor doctor don Gerónimo Marin, prebendado de aquella santa iglesia catedral. Sobre las taquillas ó guarda ropas de los capitulares hay dos cuadros pequeños con cabezas del tamaño natural: una del Ecce-homo que es regular en su clase; y la otra de una dolorosa, original que regaló una señora. En los nichos grandes de los lados están dos esculturas de Nuestra Señora y San Antonio de Padua: la primera no es apreciada en el concepto artístico y procede del estinguido convento de la Merced de aquella ciudad; y la segunda fué ejecutada

en Italia con regular pericia en un sólo trozo de mármol blanco : estuvo colocada sobre la puerta del convento de los Descalzos del puerto de Santa Maria, y el cabildo la recibió en depósito mientras se establece el museo provincial.

Sigue la capilla semicircular de Santa Gertrudis cuya imagen es de escultura antigua y sin mérito. El retablo está reducido á un nicho con mesa de altar de mármol. Se ven á sus lados dos cuadros, el uno representa el descendimiento de la cruz, obra endeblisima , y el otro en que está pintado Santo Domingo Vals, seise de la catedral de Zaragoza, crucificado, se debe al pincel del profesor de aquella academia don Jose Garcia Chicano,

El angel de la guarda que está en su retablo da el nombre á la capilla que vamos á examinar. El cuadro que lo representa, y el de San Benito de figura octógona que se halla en la parte superior, son originales del acreditado profesor don Joaquin Manuel Fernandez, los pintó en 1837 y 1842, con la inteligencia que acostumbra; y los ornatos tallados que rodean al segundo con que termina el altar, fueron trazados y dirigidos en su ejecucion por el artista Valle. Ambos cuadros, la mesa y tabla de luces del altar que son de mármoles, los candeleros y demas accesorios, así como la reja que cierra la capilla, todo ha sido costeadado por la testamentaria de una opulenta señora, que falleció mientras se disponia lo necesario para llenar los de-

seos que le dictaba su celo religioso. En los nichos de los lados se ven dos efigies grandes de mármol, San Lorenzo y San Bernardo, ejecutadas en Génova, las cuales formaban parte del adorno de la capilla conocida por de los genoveses en la antigua catedral.

Movida por su espíritu igualmente cristiano, la Exema. Sra. Doña Clara Azpillaga, viuda de Ayalde, hizo tambien donacion del cuadro de Santo Tomás de Villanueva bajo cuyo nombre se distingue la capilla que se halla contigua, el cual es copia exactamente hecha en Sevilla en 1839 por el pintor D. Antonio Quesada del famoso cuadro original de Murillo que actualmente está en el museo de aquella ciudad: y la misma procedencia tiene el otro apaisado que está encima en que se ve un pasage de la vida del Santo cuando en su niñez repartía caritativamente su ropa entre los pobres. Sobre la mesa del altar se halla un San Fernando pequeño de mármol, y asi esta como la tabla de luces, que son de la misma materia, los candeleros, la reja de la capilla y demas adornos, han sido costeados por la mencionada Señora. En los nichos grandes están colocadas las efigies de la Virgen y del patriarca S. José tallados en madera.

Ya nos encontramos en el crucero.

Sobre cada una de las puertas que estan á los lados de la grande llamada de S. Servando, se ven dos cuadros; representan el uno la muerte de Abe-

y el otro la crucifixion de S. Pedro, regalados ambos con los de la otra parte del crucero por el Sr. Obispo Valle.

En el cuerpo ático hay dos ventanas y en el lado opuesto otras dos que hacen con ellas juego, cuyas vidrieras reservadas por las exteriores, están pintadas con gusto y oportunidad.

La capilla de S. Sebastian tiene en su retablo un magnífico cuadro de este santo pintado y firmado por Andrea Ansaldo, natural de Boltri en 1621: su valor es inapreciable por el distinguido mérito que encierra, superior á cuantas obras hay en la catedral. A sus pies descansando sobre las gradas de la mesa del altar, se venera la apreciable escultura de S. Bruno, atribuida por algunos á Martinez Montañés, que estaba en la estinguida Cartuja de Jerez de la Frontera, la cual está asimismo en depósito como la de S. Antonio. Ocupa uno de los nichos S. Ignacio de Loyola, escultura en madera.

Al suspenderse los trabajos del templo en 1796, únicamente quedó concluida la capilla de la Asuncion que ahora se visita; y durante el tiempo que estuvo parada la obra allí recibia la imágen el culto de los fieles. Esta y el altar son de mármol; pero de mala escuela, como lo indican sus columnas salomónicas y los caprichosos y ridiculos remates. Lo que más agrada en esta capilla es su pavimento porque está graciosamente combinado con trozos

pequeños de piedra de diferentes colores. Uno de los nichos chicos está ocupado por una virgencita de mármol; y en otro de los grandes se ha colocado posteriormente la imagen de S. Juan Bautista de la misma materia, que se trajo de un altar que había en el segundo patio del extinguido convento de S. Francisco de aquella ciudad.

Arrimado al muro que sustenta la torre, está el altar de S. Pedro, hecho de piedra blanca de Mahon con su mesa de mármol. Su traza es arreglada y la escultura del santo de piedra fué ejecutada por Stephanus Frucos carrariense, en el año de 1672. Esta, la de S. Pablo que ocupa el retablo de enfrente, y las estatuas del Salvador y de Santiago que se hallan sobre el frontispicio de la fachada y media naranja de la capilla mayor, obras todas del mismo autor, componian parte de la portada de mármol del costado de la antigua catedral. En el cuerpo alto del altar de que se trata se vé una cabeza colosal de S. Antonio Abad, pintada y regalada al Sr. Obispo por el Sr. marqués de la Paniega, vizcondel Barco, vecino de Málaga.

Despues de hablar del altar anterior nada nuevo puede decirse del de S. Pablo que es enteramente igual: en él hay tambien otra cabeza original de san Andrés, del mismo Sr. marqués de la Paniega.

Visitemos en seguida la capilla de Sta. Teresa de Jesus, en cuyo altar se venera en un cuadro al óleo pintado en Sevilla en 1668 por Cornelio Schut, imi-

tando el gusto de Murillo. Los nichos grandes estan ocupados por la imagen de S. Nicolás de Tolentino que perteneció al estinguido convento de S. Agustin, y hoy dia es de propiedad particular; y por la de S. Patricio que estuvo en la Real capilla del Pópulo, ambas de madera; y en uno de los chicos está una escultura de S. Cristóforo procedente de la Cartuja de Jerez, que como otras imágenes ya mencionadas están en calidad de depósito.

Antes de volver al crucero se pasa por la capilla de San Firmo, que toma su nombre por el cuadro que está espuesto en su altar, pintado y firmado como el anterior por el mencionado Schut en 1669, y aunque se conoce que está pintado sin consultar el natural, deja traslucir muy bien el gran mérito de su autor. Una efigie de San Fermin aparece en uno de los nichos grandes, y en el otro se encuentra la de San Martin de la Asuncion. Las dos se trasladaron del ex-convento de los Descalzos de Cádiz, y la última por ser escultura de indudable mérito, se atribuye al escultor valenciano Vergara, que ejecutó otras tres que se veneran todavía en la iglesia de aquel ex-convento. En medio del altar encima de sus gradas está un buen grupo de escultura de la Santísima Virgen con Jesus difunto, y algunos ángeles, que fué de la Cartuja de Jerez y está tambien en depósito.

Esta capilla sufrió un grande incendio en 1832. A su vez se emprendió su restauracion, y con e;

auxilio de la argamasa traída de Inglaterra, llamada cimientó romano, y la habilidad, exactitud y primor del campanero de la iglesia, Francisco Ruiz que ejerce el oficio de albañil, en clase de oficial, ha quedado tan perfectamente reformada, que solo con conocimiento de los antecedentes, puede diferenciarse de las demas de su misma especie.

Las dos puertas pequeñas que tiene á sus lados la grande llamada de San German, sirven de ingreso una á las habitaciones provisionalmente dispuestas para vestirse los capellanes, y la otra á la sacristía mayor que está para concluirse. Encima de ellas se ven dos cuadros de San Francisco y de San Gerónimo, este último pintado por Bernardo Keilhau en 1679: ambos fueron regalados por el Sr. Obispo Valle.

Al suspenderse la obra de la iglesia en 1796 lo único que se habia hecho relativo á la sacristía mayor, era la designacion del sitio en que habia de edificarse, de manera que cuando se fué á construir, se encontró desde luego un obstáculo considerable, á saber que para labrar la sacristía en el lugar señalado, era indispensable ó macizar las ventanas bajas que tenian cada una de las capillas del Niño Perdido y de San José, abiertas en el muro á que habia de arrimarse la nueva obra, ó para conservarlas precisaba sacrificar á ellas la elevacion de la sacristía, dejándola baja y desproporcionada, y

hubo de adoptarse lo primero con perjuicio de las luces de aquellas capillas.

Abriéronse pues y se hicieron los cimientos para la antesacristia y sacristia profundizando hasta encontrar el agua: la primera es de planta octógona irregular de 26 $\frac{1}{2}$ pies de diámetro, 37 $\frac{1}{2}$ de altura de la bóveda y 3 de espesor de muros; y la segunda que es un paralelógramo rectángulo, mide 45 de longitud, 25 de latitud y otros 37 $\frac{1}{2}$ de altura de su bóveda, habiendo sido forzoso adoptar para la antesacristia la figura indicada, en razon á que el caracol que conduce á las azoteas por este lado, ocupa uno de los ángulos del cuadrado constituyendo una ochava,

Ambas oficinas están fabricadas interiormente de piedra de la Graja en la montaña de Medina Sidonia, y pertenecen al órden jónico riguroso. Los zócalos que reciben las pilastras con su entablamento y sotabanco son de piedra de Tarifa pulimentada. En las dos piezas hay cuatro puertas de tránsito y seis ventanas, dos de las primeras y dos de las segundas en la antesacristia, y las restantes en la sacristia adornadas con jambas, cornisamentos y escocias de mármol estatuario de Génova. Las dos puertas que aparecen en el testero, estan dispuestas para servir de comunicacion á otras oficinas que puedan edificarse con el tiempo. Entre ellas en el frente opuesto y á los lados de la puerta de entrada hay tres grandes nichos:

el primero está destinado para altar, y los otros dos podrán ocuparse por estatuas ó por aguamaniles; quedando dispuestos los huecos de los arcos para la estantería y cajonería en que se guarden los ricos ornamentos que posee aquella iglesia y entre los cuales merecen particular mención las planetas y casullas bordadas de oro y plata que se usan los Viernes Santos; diez capas pluviales de terciopelo bordadas de oro; el palio de la misma tela, bordado en Milán y un terno blanco magnífico hecho en Génova.

El pavimento es de losas genovesas de mármol. El exterior está todo alicatado de la referida piedra de Tarifa en toscó para resistir el rigor de las estaciones, y coronado con arquitrave, friso y cornisa.

El interior de la obra es magnífico y armonioso, esbelto y severo en sus proporciones, y combinada su construcción con una inteligencia que acredita á su autor el señor Daura.

Saliendo de la sacristía y tomando hácia la derecha se descubre la capilla del Niño Perdido, denominada así porque el cuadro que está en su altar representa á Jesus en el templo disputando con los doctores. El pueblo venera singularmente esta imágen, por las gracias que le concede el Altísimo en virtud de los ruegos que le hace ante ella, pero prescindiendo por un momento de esto, y considerada la obra en su parte puramente humana, es preciso calificarla como de escasísimo mérito. En-

cima de este cuadro hay otro apaisado que representa el Niño Jesus abrazado á la cruz pintado en Sevilla por don Antonio Quesada.

Sobre las gradas de la mesa del altar están dos efigies pequeñas de mármol de la Purísima Concepcion y de san Francisco de Paula: y los nichos grandes estan ocupados por esculturas de Santa Bárbara y san Vicente Ferrer.

Luego se entra en la capilla de san José. Su altar se compone de dos cuadros al óleo originales del acreditado maestro don José García Chicano: el principal es el del patriarca pintado en el año de 1838; y el otro es de san Antonio de Padua hecho en 1843. Los adornos son dorados; y todo, inclusa la mesa y tabla de luces del altar de ayes capilla, los candeleros y reja exterior, fue costeado por doña Josefa Maria Picardo. Dos esculturas de mármol representando á san Juan Bautista y san Jorge ocupan los dos nichos grandes de los lados.

La virgen de la Defension, imágen de mérito y acertada escultura en precedente de la que fué Cartuja de Jerez, depositada en poder del cabildo, como las demas destinadas al museo, es la titular de la capilla semicircular que sigue. En el año de 1568 los moros de Rondá, Gibraltar y Jimena llegaron á donde está hoy el suprimido monasterio de la Cartuja, sitio llamado por los antiguos el Sotillo, y escondidos entre unas matas, ofendian á los cristianos al paso malo del Salado que carecia de la alcanta-

rilla que actualmente tiene; pero una nube refulgente que con su esplendor descubrió á los moros emboscados, libró á los jerezanos del peligro que les amenazaba, aprehendiendo gran número de infieles, por lo cual mandó la ciudad labrar en el mismo sitio una ermita y le puso por nombre Nuestra Señora de la Defension. Este suceso estuvo pintado desde aquel tiempo en una pared de la ermita de esta suerte:

La Virgen en una nube, y los moros atónitos y acobardados mirándola por entre ramas, y los cristianos armados, unos dando á los moros y otros dirigiendo su vista á la Señora diciendo: «Defiéndenos, madre nuestra» que fué como la invocaron al tiempo de la batalla.»

Tal es el origen del espresado titulo. La imagen se hizo posteriormente en Valencia.

La de Santo Domingo de Silos tiene su altar y demas accesorios idénticos á la de san Benito. En los nichos grandes se ven las imágenes de san Francisco Javier y san Francisco de Borja.

La última capilla es la de san German, patrono de Cádiz, igual en un todo á la de su hermano y compañero, y la efigie de la propia autora doña Luisa Roldan; pero aun no se ha colocado el retablo de piedra que tiene acordado hacer el ayuntamiento.

La que pudiera ser capilla del centro sirve solo de tránsito para la de reliquias. Esta capilla estaba edificada anteriormente, pero su revestimiento in-

terior ha sido combinado y dirigido en la última época por el señor Daura. Es riquísima en su materia, esbelta y elegante en sus proporciones. Se sube á ella por una escalinata de seis gradas de mármol blanco, y de ordinario está cerrada con una reja de hierro con adornos dorados. Su planta es octógona y su mayor diámetro de 28 pies geométricos, estando sus paredes enchapadas de mármol blanco con pilastras de color rojo de la misma materia. En los dos lados paralelos á la línea longitudinal del templo tiene las puertas que comunican á las sacristías; en el del frente está el altar que contiene una imagen de cera representando á santa Victoria, hecha en Roma, dentro de la cual se hallan sus reliquias; y encima un hermoso cuadro de la Purísima Concepcion, atribuido por algunos en virtud de una antigua tradicion al pintor don Clemente de Torres, natural de Cádiz, que floreció á principios del siglo XVIII. En los lados, que estan en direccion de sus diagonales, hay cuatro preciosos estantes embulidos en los muros con marcos de mármol negro, y ricas puertas de caoba que encierran las sagradas reliquias, sobre los cuales estan cuatro cuadros grandes originales, pintados al óleo, y regalados por aficionados, que representan á san Lorenzo mártir, san Vicente mártir, san Basileo, obispo, y san Hiscio, obispo. Y encima de las referidas puertas de las sacristías, un cuadro original, muy bueno, de san Lúcas, de escuela italiana, que

tiene todo el estilo de Miguel Angel Buonarroti, y una copia de un hermoso san Gerónimo, de la misma escuela, pintada y regalada tambien por una señorita aficionada.

El pavimento de esta capilla es de mármoles graciosamente dispuestos.

En la sacristía del lado del Evangelio, que sirve para revestirse los celebrantes, hay una copia del retrato del Excmo señor Obispo, hecha con mucha exactitud por el señor Marin, prebendado de la catedral, del original que pintó don Joaquin Manuel Fernandez, y debajo está incrustada en la pared una gran lápida de mármol blanco con una inscripcion.

En la otra sacristía destinada para decir misas rezadas, hay dos cuadros: uno de la Concepcion, y el otro de Santa Maria Magdalena Penitente.

En ambas sacristías se guardan los ornamentos en ricas cómodas de caoba, y en una de las paredes de la última está colocada una cruz de madera que estuvo por mucho tiempo conservada en la capilla del Socorro de la antigua catedral, ante la cual se celebró la primera misa despues del saqueo é incendio de aquella ciudad por los ingleses en el año 1596. El exámen de esta cruz tan tosca en sí misma, causa respeto por su antigüedad, y atestigua el celo con que los sacerdotes se apresuraron á desagruar á Dios de los sacrilegios cometidos por los invasores. Compónese de dos

pedazos de tablas de 8 pies y 7 $\frac{1}{2}$ pulgadas de largo el mayor, y de 5 con 10 $\frac{1}{2}$ el que atravesada, y por la parte mas ancha tiene siete pulgadas, elegidos sin duda por mas semejantes entre los destrozos de los altares de la iglesia, porque en algunos sitios se descubre la pintura y señales de los barrotes que sirvieron de trabazon. Ambas piezas están clavadas una encima de la otra, sin abrirles entradas, ni haber hecho uso del cepillo para recorrer sus filos, por cinco clavos viejos y desiguales en sus tamaños, en sus figuras y en su distribucion.

Para acabar de conocer este templo en su interior, es necesario visitar con detenimiento su magnifico panteon, obra de verdadero mérito y singular en su clase. Tiene sus entradas por dos espaciosas escaleras, colocadas á la espalda de los grandes pilares sobre los cuales se levanta el arco toral del presbiterio. Lo primero que se presenta á la vista y consideracion de los curiosos es una pieza de 57 pies de diámetro, cubierta por una bóveda de las que se conocen por el nombre de *vaidas truncadas* de estraordinario aplanamiento, cuyo mérito consiste en el bien entendido corte de las piedras unidas sin el auxilio del hierro, pues se eleva muy poco sobre la línea horizontal superior de los ocho pilares que la sostienen, sin estar cerrada por clave sino por un anillo calado, que puede servir de brocal á un pozo que se halla debajo. Los

arcos planos que dan paso á los diferentes ramales que parten del centro, son de excelente y atrevida construcción por la grande abertura que presentan.

Todas las capillas tienen tambien bóvedas subterráneas, pero las que se comunican recíprocamente son las que están desde el crucero hasta la capilla de reliquias.

XII.

La Custodia.

Ningun forastero visita la catedral de Cádiz sin pasar despues á la casa municipal á admirar la magnífica custodia, que es el orgullo de los naturales y el encanto de los extranjeros. Para venir despues á su descripcion, remontémonos antes á su historia.

El P. Fr. Gerónimo de la Concepcion, en su obra titulada *Cádiz ilustrada*, nos dice que se hallaba aquella santa iglesia catedral con un rico obelisco de plata sobredorado de obra mosaíca, dádiva del señor rey don Alonso el Sabio, y que en

cerrado el Señor en un viril precioso se manifestaba al público en la procesion solemne de su dia. La ciudad y el ayuntamiento, penetrados de que la ostentacion de aquel acto pedia de justicia mas magestuoso y superior relicario, determinaron labrar una custodia que sirviese de digno trono y relicario de Dios, y el año de 1648, tanteados los efectos y limosnas, y escogido por artífice á Antonio Suarez, célebre maestro platero, se dió comision ámplia para su ejecucion al capitan don Martin de Varte y al capitan don Gutierre Zetina, que como regidores diputados tomasen á su cargo el negocio. Comenzóse la obra concurriendo á ella los mas primrosos oficiales de España, y por prisa y solicitud que se puso, se consumieron diez y seis años en la fábrica. A los ocho se concluyó el primer cuerpo de la obra, y en otro acuerdo que por entonces se tuvo, se señalaron para lo restante otros dos nuevos diputados, que fueron don Antonio Izquierdo de Quirós y don Nicolás Rufo, regidores, por cuya solícita diligencia se acabó la fábrica toda el año de 1664.

Sirvió de idea para adoptar la forma que hubiera de tener la custodia, la torre que tenían las casas capitulares. Su traza es cuadrada, y su arquitectura pertenece al órden corintio con alguna parte del dórico, con basamentos y frisos resaltados, y cinceladas en sitios oportunos, historias, motes y geroglíficos del antiguo y nuevo testamento, con

estatuas de los cuatro santos doctores de la Iglesia, Gregorio, Agustín, Ambrosio, y Gerónimo, diez y seis ángeles y la imágen del Salvador resucitado; terminando la obra la estatua de la Fe: dentro del cuerpo principal se coloca la sagrada Eucaristia en el hermoso obelisco citado.

Posteriormente se esculpió al pie de la custodia la siguiente inscripcion: «Reinando el muy católico monarca don Cárlos II, y gobernando esta ciudad el escelentísimo señor don Francisco Fernandez de Velasco, de la órden de Santiago, del consejo de la guerra de S. M. y maestro de campo general de las costas de Andalucia, acordó esta M. N. y Leal ciudad de Cádiz que en esta preciosa custodia, que con tanto celo labró á sus espensas, y entregó á la santa iglesia catedral de ella para que saliese nuestro Señor Sacramentado todos los días del Corpus, se enmendasen los defectos de su fábrica, cometiendo esta obra á los señores don Nicolás Norberto Cáceres y don Ignacio de Henetrosa y Hinojosa, sus regidores perpetuos y diputados de esta festividad el año de 1692, y este de 1693.»

El artifice que ejecutó los bajos relieves y adornos fué Bernardo Cientolini.

En el año de 1740 se hizo el carro ó caidas de la custodia, tambien á espensas del Excmo. ayuntamiento, y se grabó en uno de sus contornos otra inscripcion que dice así: «Habiendo en el año

»de 1664 dedicado á la Divina Majestad Sacramen-
 »tada esta custodia la Excma. ciudad de Cádiz,
 »mandó hacer tambien despues estas caidas para
 »adorno de su carro reinando en España Felipe V.»
 «Siendo gobernador el Excmo. Sr. D. Bartolomé
 »Ladron de Guevara, y diputados los ilustres seño-
 »res D. Pedro Colarte y Morla, del Orden de Santia-
 »go, y D. Miguel Gonzalez del Camino. Hizo las
 »caidas el artifice Juan Pastor en 85 dias del año
 »de 1740.»

En 11 de mayo de 1664 se hizo entrega de la custodia por el ayuntamiento al cabildó de partido, bajo las condiciones siguientes, consignadas en actas:

«Que habiendo la ciudad deseado ofrecer á Dios
 »Sacramentado una alhaja de valor y precio consi-
 »derable en muestra de agradecimiento á los mu-
 »chos beneficios que de su mano poderosa habia
 »recibido, y para confusion de los hereges que
 »en aquesta ciudad y otras negaban su real pre-
 »sencia en el Santísimo Sacramento de la Eucaristia,
 »dedicaba con sumo rendimiento la presente cus-
 »todia, en cuya fábrica habia consumido tantos
 »años, desvelos y riquezas, para que su Divina Ma-
 »jestad saliese en público todos los años el dia de
 »la solemne festividad del Corpus, y que para este
 »efecto se conservase dicha custodia en aquella
 »Santa Iglesia, sin que alli faltase por ningun acae-
 »cimiento.

«Y que caso, que por algun accidente ó voluntad
 »de Su Santidad ó del rey nuestro señor, la iglesia
 »catedral de Cádiz fuere trasladada á otra parte,
 »era y es voluntad de la ciudad que la dicha cus-
 »todia no lo sea, sino que siempre permanezca en
 »la iglesia catedral de Cádiz para cuyo servicio
 y adorno se hizo.»

La cruz catedralicia de plata sobredorada que
 sirve en las fiestas de primera clase, es sumamente
 apreciada por su antigüedad, no menos que por
 haber sido regalada con el obelisco referido, por
 el rey D. Alonso el Sábio.

Es por demas curiosa la siguiente nota del peso
 y coste que tenia la referida custodia:

CUSTODIA.

Peso 54 arrobas que hacen onzas	
13,600 á 20 reales importan.	272,000
Su hechura.	229,200
	<hr/>
	501,200

CAIDAS.

Pesaron 754 marcos, 6 onzas y 11	
adarmes á 20 reales importan	
las 6,038 onzas de los marcos.	120,775 25 1 2
Su hechura.	191,674 12
	<hr/>
	312,448 34 2

;

FAROLES.

Pesaron 232 marcos 6 onzas y 9 adarmes que hacen onzas 1,862 y 9 adarmes á 20 rs. importa.	37,251 8 1 2
Su hechura.	57,810 12
	<hr/>
	95,061 20 1 2
	<hr/>
<i>Suma total reales de vellon.</i> . . .	908,709 24

MEDIDAS.

Custodia.	4 varas y 2	pulgadas.
Carro.	1 idem	31 1 2 idem.
	<hr/>	
<i>Total.</i>	5 idem	33 1 2 idem.

XIII.

Conclusion. — Catedrales de Sevilla y Córdoba.

La bella y risueña Andalucía tiene tanto que admirar y corre tan fácilmente la pluma describiendo los tesoros artísticos que encierra como complemento de los tesoros naturales con que le plugo al altísimo distinguirla, que un libro de las dimensiones del presente es estrecho límite para contener tanta grandeza. Nos propusimos al comenzar estas descripciones referir á nuestros lectores bondadosos todo lo más notable que vieron nuestros ojos y percibió nuestra mente en los dos meses que recorrimos aquel país encantador; pero su mismo mérito y sus

propios encantos nos obligan á hacer aquí un pequeño descanso y á dejar para otro segundo tomo la descripción del pintoresco Jerez, de la poética Sevilla, de Córdoba la Oriental. Muy pronto cumpliremos el compromiso que en este momento contraemos; muy pronto daremos á la prensa la segunda parte de estos apuntes inconexos, que sin mas título que su buena fortuna, han merecido la altísima honra de verse acogidos en las columnas de uno de los periódicos mas autorizados y respetables de la corte. En tanto llega este dia, como nuestro principal objeto es que estas páginas sirvan de guia y de luz á los viajeros, no queremos dejar de consignar en ellas, siquiera sea ligeramente, lo que plumas mas autorizadas que la nuestra han escrito sobre las magnificas catedrales de Sevilla y de Córdoba.

CATEDRAL DE SEVILLA.

La primera catedral de España, de esta nacion católica donde se encuentran tantas y tan bellas, ya góticas, ya de la época del renacimiento, es sin disputa la catedral de Sevilla, que es una de las maravillas de la tierra.

Esta iglesia es un mundo mas que un templo, y todas sus bellezas son interiores, porque sus vastísimas fachadas exteriores, algunas de ellas aun sin concluir, solo presentan á la vista del espectador desde las márgenes del Guadalquivir las innumerables pirámides que dominan los techos y terminan

su remate, apareciendo á su encantada vista como un bosque de pinos plantados sobre una cadena de colinas de aguzadas cimas. El exterior es enteramente gótico, pero el interior de este templo es mas moderno, habiendo sido terminado en el siglo XV.

Esta obra colosal, este gigante de las artes, este edificio único en su clase, no se debe ni al inmenso poderío de un rey, como el Escorial, ni al entusiasmo de todo un pueblo, sino al cabildo de la catedral de Sevilla, á aquel cabildo que en la edad media cuando los eclesiásticos eran señores y soberanos de muchos feudos, puso un acuerdo, que aun se conserva en la biblioteca de Sevilla, donde decian que habian deliberado levantar una catedral «para que los venideros los tuviesen por locos.»

Noventa años costó á España la construccion de este magnífico edificio, aun no del todo terminado, edificio tan admirable, aunque de distinto género, como el de San Pedro de Roma, mas correcto en su exterior gótico que el famoso Domo de Milan, con el que tiene bastante semejanza, y mas completo que la catedral de Colonia.

Al penetrar en el interior de este templo parece que se penetra en un sagrado laberinto, donde se vacila sobre el punto á que se han de dirigir los pasos. La iglesia tiene cinco naves del mas hermoso y esquisito gusto gótico. La del medio tiene una elevacion tal, que la vista se pierde, pareciendo hallarse uno bajo una inmensa montaña hueca, y recibien-

do una impresion irresistible de respeto y recogimiento; bien es verdad que ese es el efecto que causan siempre las iglesias góticas, á diferencia de las modernas donde resplandece el oro, el mármol, y todo género de ornatos. En esta catedral es todo grande, severo, admirable, sublime, como el Dios á quien allí se adora; y en ninguna parte, ni aun en Roma mismo, nos es quizá mas magestuoso el culto católico.

En esta catedral todo parece inmenso; y si bien el vastísimo templo por las circunstancias politicas se mira muy reducido en sus servidores y falto de aquel pueblo de levitas que lo llenaba en otros tiempos, cuando contemplamos al sacerdote que oficiaba asistido de diáconos, subdiáconos y asistentes en el altar mayor, á que se sube por unos veinte escalones, casi perdiéndose en la oscuridad sublime del tabernáculo, nos pareció que los misterios de nuestra santa religion se celebraban en lo elevado de una montaña; tenia un no sé qué de encantador y de religioso el sonido de las oraciones que llegaba lejano, aunque sonoro, al pueblo de boca del anciano sacerdote casi invisible, y parecia caer sobre el mismo pueblo separado del santuario por la inmensa reja de hierro dorado de un trabajo pesado, aunque bellissimo.

La mitra de Sevilla era una de las mas ricas y opulentas de España; su antigüedad data desde el tiempo de los godos, y cuenta entre sus prelados

muchos santos, como los Leandros é Isidoros, y muchos varones insignes, que fueron honra del estado y gloria de la iglesia. La catedral tiene 420 pies de largo, siendo su anchura de 263, y la altura de la nave principal, superior á quanto se ve en otras iglesias del mundo. Ochenta ventanas, tambien de una prodigiosa elevacion, y con vidrios de colores de inestimable valor, pintados por el célebre pincel de Arnaldo de Flandes, hacen penetrar en el templo una templada y misteriosa luz. El órgano de esta catedral es uno de los mas famosos del mundo, de los mas grandes y sonoros de Europa, y tiene fuelles que parecen unas máquinas de vapor.

Ademas de las cinco grandes naves que constituyen la iglesia, hay interiormente en los muros del edificio una multitud de capillas preciosas, retiros piadosos, separados del recinto principal, donde el pueblo va á orar ante los santos, objeto de su particular culto, y ante la preciosa Virgen de la Antigua, una de las mas célebres y veneradas de toda la Andalucia. Empero entre tantas capillas, hay una muy notable, por los preciosos restos que encierra, llamada la capilla de los Reyes. Alli está el sepulcro de Fernando III el Santo, aquel rey que conquistó á Sevilla contra los moros en 1248; sobre su sepulcro descansa la espada de este santo, que con la conquista de esta ciudad importante preparó la espulsion total de los árabes, que dos siglos des-

pues realizó su sucesora Isabel la Católica, con la conquista de Granada.

Allí está también el sepulcro de Alfonso X, llamado el Sabio, hijo de San Fernando, y autor inmortal de la legislación de España. Allí se encuentra también el sepulcro de Cristóbal Colón, con una inscripción, única en la historia de los epitafios, inscripción que equivale á un libro, á una crónica entera.

A Castilla y á Leon
Mundo nuevo dió Colón.

El hijo de este grande hombre está enterrado también en una de las capillas laterales de la iglesia; pero allí yace eclipsado por la fama de su padre, como tantos nombres grandes y gloriosos, cuya historia está escrita sobre el pavimento de esta catedral, á la que con razón podría llamarse panteón de la caballería española.

Si es rica y admirable la catedral de Sevilla por su arquitectura, no lo es menos por las pinturas que encierra; allí las hay de Campana, pintor antiquísimo que fué estudiado por Murillo; las hay de Zurbarán, de Valdes, de Cano y de todos los grandes maestros de la escuela española. En la sacristía hay en un altar el cuadro del Descendimiento, de Campana, del que refiere la tradición que deteniéndose mucho tiempo Murillo delante de él, y avisado por los dependientes de la iglesia, preguntándole qué es-

peraba allí, contestó este grande maestro del arte: «Estoy aguardando á que bajen al Señor de la cruz» tanta es la verdad, tal la propiedad con que están espresadas las figuras del cuadro.

Atravesando las capillas laterales y las innumerales sacristias que corresponden al cuerpo principal del edificio, se llega á unos salones donde estan en depósito las obras maravillosas del arte, y en donde se encierra el tesoro de la catedral, compuesto tambien de obras maestras, ya por lo raro de la materia, ya por lo esquisito y esmerado del trabajo. No nos detendremos nosotros á describir las magnificas alhajas de plata, las ricas tapicerías, los ornamentos de brocado de oro y plata que hemos visto en esta iglesia, ni tampoco la biblioteca donde están guardados los libros de coro de un trabajo precioso, y con unas miniaturas sobre pergaminos que cada una de ellas merecia una hora de exámen y que cansaria la curiosidad del hombre mas infatigable. Nosotros hemos caminado á la ventura; hemos recorrido con ojos inquietos y curiosos las grandes bellezas que se descubren en esta catedral. Allí hemos visto, como digimos, las obras maestras de Campana, las de Zurbarán, predecesor de Murillo, los cuadros de Valdés y los de tantos otros grandes pintores, siendo la capilla de la Antigua una de las mas ricas en pinturas admirables y en esculturas de un gusto escelente. Seria necesario consagrar un dia entero á cada una de estas capillas, que son

como los departamentos de la ciudad religiosa, llamada por abreviacion la Catedral de Sevilla.

La sacristia mayor es una de las partes mas interesantes de la catedral. Allí está el cuadro del *Descendimiento*, de Campana; allí estan los retratos de cuerpo entero, del tamaño mayor que el natural; de los santos obispos San Isidoro y San Leandro: son de Murillo: jamás se ha llevado mas lejos la imitacion de la naturaleza: la ilusion es completa.

Pegada á la misma iglesia se encuentra la torre llamada la *Giralda*; singular maravilla de la arquitectura; famosa en toda España, y obra del famoso árabe Jeber, gran matemático é inventor del álgebra, á quien puso su nombre Al-Jeber. Desde lo alto de esta torre elevadísima se vé toda la ciudad de Sevilla, el rio Guadalquivir y el famoso barrio de Triana, llamado así por ser el lugar donde los historiadores dicen que nació Trajano, y en cuyas inmediaciones se ven las ruinas de Itálica.

Esta torre no está construida precisamente en el estilo arabesco rigoroso, sino que es cuadrada, y sus muros estan adornados de dibujos en el ladrillo hasta una grande altura. Desde allí se divide en pequeños arcos, cuyos pilares se reunen para formar un pedestal á la estátua que dá su nombre á la torre, y que la corona. Esta figura se llama *Giralda*, y es de una magnitud colosal, aunque desde el suelo parezca tan pequeña. Es de bronce dorado, y lleva en la mano una palma de la misma materia; anti-

guamente giraba al impulso del viento esta colosal estatua que representa la fé.

La pendiente ó rambla, por la cual se sube á la cima de la torre, es sumamente suave, tanto que un hombre puede subir muy cómodamente á caballo.

Catedral de Córdoba.

La catedral de Córdoba es un monumento extraordinario en su arquitectura, y célebre por los grandes recuerdos históricos que á ella están unidos; empero es mas notable bajo el punto de sus relaciones históricas, que bajo el de sus relaciones arquitectónicas.

No mirando en ella mas que una iglesia, el edificio no es bastante elevado para su inmensa estension en longitud y latitud. Parece esta catedral un oscuro jardin de troncos de mármol levantados simétricamente de distancia en distancia, donde se ven dispersados algunos edificios en tan vastísimo espacio, formando el todo una inmensa mole, siendo estos edificios particulares el coro, la media naranja y las capillas laterales de la iglesia; parece tambien un inmenso paseo con árboles de mármol, el cielo de oro y las piedras talladas en delicadísimos encajes.

Este extraordinario monumento presenta el resultado de la confusion de los siglos, de la confusion de los pueblos, de la confusion de las civilizaciones.

Es único y sin ejemplar en el mundo. La religion católica ha hecho en Córdoba con el mahometismo lo que Roma hizo con el panteismo: Roma se apoderó del Panteon, que se conserva intacto bajo la advocacion de Santa María; Córdoba se apoderó de la *Mosquea* del grande Abderramen, y la salvó bautizándola; empero la mezquita antes habia pertenecido á otro culto, á religion distinta; era ya la heredera de dos templos, el de Jano en tiempo de los romanos, aquel Dios de doble faz que miraba á lo pasado y al porvenir, aquel Dios, cuyo templo no se cerraba sino cuando la paz mas profunda dominaba en los pueblos y despues de la espulsion de los romanos de España, los reyes godos alzaron una catedral cristiana. Tantas metamórfosis han producido un monumento extraordinario, original, sin copia.

La mezquita habia sido hecha por Abderramen en el siglo VIII. Mas tarde los cristianos han entendido el edificio, y han levantado el pavimento, que han cubierto de ladrillos, suelo poco digno por cierto de la magnificencia de aquel monumento: asi es que la base de las columnas está enterada bajo este grosero y moderno pavimento, haciendo perder en elegancia y ligereza á la parte superior del templo.

La mezquita de Abderramen era, dicen, dos veces mas grande que la catedral actual; empero nada justifica esta exageracion de los admiradores exclu-

sivos de las obras de los árabes, siendo además muy difícil poder marcar lo que cada religion, lo que cada pueblo de los distintos que han dominado á Córdoba aportó á este singular monumento.

La iglesia tiene 220 pies de largo y 450 de ancho. El poderoso, el magnífico califa Abderramen quiso que su mezquita fuese el templo mas magnífico del islamismo, despues del de la Meca donde descansa el cuerpo del profeta. Tiene 29 naves á lo largo, y 19 á lo ancho. Cerca de mil columnas, habiendo contado nosotros hasta 960, sostienen el techo; todas son de mármoles preciosos; las hay tambien de jaspe, y tienen pie y medio de diámetro por 35 de elevacion; elevacion muy pequeña para una catedral, pero que denota el objeto primitivo para que fué destinada. El edificio entero presenta un gran cuadro, de los que un lado se abre sobre un inmenso claustro que parece un patio. Bajo el pavimento de piedra de este claustro hay una inmensa cisterna abovedada. Este patio es una de las grandes curiosidades de la catedral de Córdoba; es el que sirve de vestibulo al templo; es el famoso patio llamado de los Naranjos, donde se ven estos preciosos árboles de un grueso y una antigüedad sorprendente; diríase que eran contemporáneos de los reyes moros, que se complacieron en ponerlos á la puerta de sus mezquitas, para embalsamar con las suaves y deliciosas emanaciones del azahar la entrada del templo de Alá.

Desde este bosque de naranjos se entra en el bosque de mármol, como al principio hemos llamado á la iglesia, experimentando una fuerte sorpresa al ver que el santuario tiene un techo; así es que en lo menos que se piensa al penetrar en este singular edificio es en una catedral. El cristianismo crea monumentos de un estilo mas grave, mas severo, tales como las catedrales de Cádiz y de Sevilla que hemos descrito; la catedral de Córdoba, mas que una iglesia, es un parterre oriental, es el palacio de una sultana favorita.

Figurémonos una esplanada adornada con 960 columnas antiguas poco elevadas, sosteniendo un doble órden de arquillos arabescos calados primorosamente, y tal es el aspecto primero que presenta la catedral de Córdoba. En medio de este laberinto sagrado de columnas se levanta la media naranja, cúpula elegante, empero estraña enteramente á la arquitectura del edificio y del género moderno, porque fué construida en tiempo del emperador Carlos V.; pero los arcos de forma morisca que la sostienen son de una grande elevacion y de maravilloso atrevimiento; ademas tiene adornos de esculturas finisimas, y preciosos mosaicos. El altar mayor es tambien obra del tiempo de Carlos V. Las puertas que dan entrada á la catedral son 17, todas cubiertas de esculturas de bronce de un esquisito trabajo. Cerca de la media naranja está el coro de los canónigos, cuya silleria está magnificamente esculpida

en madera por un artista de Córdoba, Cornejo, que en cada silla ha representado un asunto del antiguo testamento: diez años costó al entendido artista concluir esta obra maestra. A poca distancia del coro se vé la modesta tumba del célebre escultor con una elegante inscripcion. Hay capillas en gran número estendidas por toda la catedral, y cada una tiene su mérito y carácter particular. Hay tambien muy buenos cuadros. Empero lo que mas llama la atencion es una capilla puramente morisca, donde se han conservado cuidadosamente todos los adornos y arabescos en el mismo estado en que los dejaron los descendientes del profeta; á esta capilla, enteramente musulmana, solo se ha añadido un altar y una tumba. Allí se vé en toda su pureza el arte árabe; los encajes de piedra bordados sobre el mármol, todo es puramente mahometano. Hay inscripciones árabes alrededor de la capilla, y refieren que allí era donde se conservaba uno de los originales del Koram, escrito en tiempo de Mahoma.

Cuando Fernando III conquistó la ciudad de Córdoba en 1236, purificó inmediatamente la mezquita y la consagró á Dios.

De cualquier punto que uno contemple esta catedral, vé un cuadro pintoresco, animado, original é iluminado como por encanto, porque la luz se recibe por una multitud de pequeñas cúpulas que dan al edificio una fisonomía puramente oriental, poética. En lo alto de una de estas cúpulas nos en-

señaron un cuerno de uno de los bueyes que se ocuparon en trasportar las columnas para la mezquita. Se enseña tambien al viagero sobre una de las columnas una cruz llamada la cruz del cautivo, de la cual se refiere que un esclavo cristiano atado con las manos á la espalda en tiempo de los moros, la hizo sobre el mármol sin mas instrumento que sus uñas. Está conservada con una pequeña berja de hierro.

La catedral de Córdoba está muy distante de ser una catedral como la de Sevilla, la de Milan, la de Burgos y otras; pero si no tiene tanta gravedad y magnificencia, tiene en cambio la fisonomía extraordinaria y singular que le dá el haber sido en el trascurso de los siglos templo del paganismo, templo de los cristianos, mezquita de los árabes, y otra vez morada del verdadero Dios.

INDICE.

	<u>PAGINAS</u>
I.	
INTRODUCCION. Cádiz.—Vista de la ciudad.—	
Sus recuerdos.—Su importancia.	42
II.	
Puerto de Santa María.	17
Feria de la Vitoria.	21
Baile en el Puerto.	23
III.	
El muelle de Cádiz.	29
Entrada en la ciudad.	31
La calle Nueva.	32
	:

	PAG.
La calle Ancha.—Tiendas.	33
Las casas de Cádiz.	34
La plaza de San Antonio.	35
La plaza de Mina.	36

IV.

Paseo de las noches de verano.	40
Las <i>cursis</i>	42
El amor en Cádiz	43
Moralidad en las costumbres.	46

V.

Los príncipes en el <i>Pizarro</i>	47
---	----

VI.

Cercanias de Cádiz.	56
Establecimientos notables.	57
El colegio naval militar.	58
Fomento de nuestra marina.	58
Descripcion del colegio en su parte exterior.	59
Distribucion interior.	60
Alojamiento de los alumnos.	61
Sus estudios.	62
D. José Maria Halcon , director del colegio.	63

VII.

Isla de San Fernando.	65
La calle Real.	66
Poblacion de la Isla.	66
Vida retirada de las isleñas.	67
Rejas temibles.	67

	PAG.
El Casino.	68
La Alameda.	68
Las Salinas.	68
El Observatorio Astronómico.	69
D. Saturnino Montojo, su director.	75
Organizacion de las oficinas.	75

VIII.

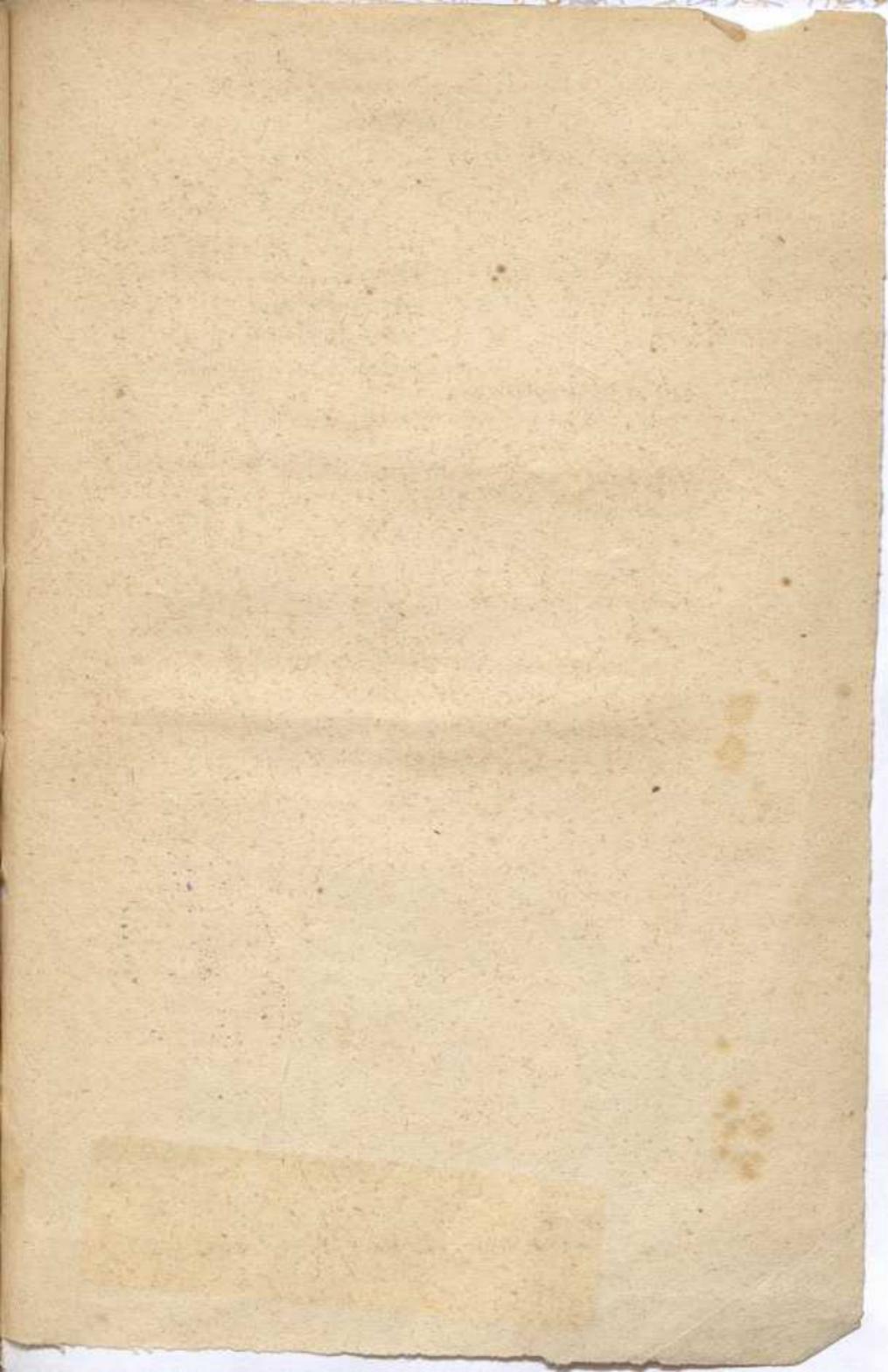
El Arsenal de la Carraca.	77
El vapor <i>Infanta</i>	78
Situacion del arsenal.	78
Su historia.	79
Caños que le rodean.	80
Obras civiles.	80
Pabellon de guardias marinas.	81
Escuela de ingenieros hidráulicos.	81
Presidio de las cuatro torres.	81
La Iglesia.	81
Sala de armas.	82
Obradores.	82
Obras hidráulicas.	84
Gradas de construccion, fcsas, diques.	85
El bergantin <i>Valdés</i>	86

IX.

Chiclana.	89
Puerto Real.	90
Visita de SS. AA. á Cádiz.	91
El teatro principal.	92
La plaza de toros.	92
Fiestas.	93
Fábrica de tejidos.	94
El casino de Cádiz.	95

	PAG.
X.	
El obispo de Cádiz.	99
Construccion de la catedral.	102
XI.	
La catedral de Cádiz.	105
Descripcion exterior del templo.	107
Descripcion interior.	108
Cuadros y esculturas.	111
XII.	
La Custodia, -	127
XIII.	
CONCLUSION.	133
La catedral de Sevilla.	134
La catedral de Córdoba,	141







Biblioteca Universitaria de Granada



01476602







